

*Ángel Campo*

*Pétalos*  
**DE ROSA**

*Romántica histórica*

Huérfanos de padres, Luna Albaniz cuida de sus hermanos y se encarga de todo lo relacionado con la educación y el cuidado de la casa. No piensa en encontrar el amor ni en casarse, pero una noche le salva la vida a un desconocido.

Se trata del marqués Joe Grimaldi, que consigue librarse de su asesino. Lo recoge en su casa, le cura las heridas y acaba enamorándose de él. Él no quiere influir en sus sentimientos, así que decide actuar con prudencia.

Y de repente el hombre que actúa con prudencia se da cuenta de que no puede vivir sin ella.



Ángel Campo

# Pétalos de rosa

**ePUB v1.0**  
**SMAQX**01.12.15

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

## Capítulo I

Joe Grimaldi estaba dolorido. Con gran esfuerzo, logró abrir los ojos. Vio a una mujer hermosa que le estaba sonriendo.

—Ahora está a salvo —le dijo acogiéndole suavemente la mano—. Yo me quedaré a su lado hasta que se cure.

Joe Grimaldi la miró fijamente, abrumado por la belleza de aquel rostro.

—¿Dónde estoy?

La mujer apretó suavemente su frente.

Aquello era como estar en el cielo.

Eso era. Debía de estar en el cielo. Debía de ser un ángel.

—¿Ha mejorado, Luna? —preguntó la voz dulce y femenina de Pamela desde la puerta.

—Me temo que no.

—Te relevo —preguntó Pamela—. Ya llevas ocho días y apenas has descansado.

Acabarás enfermado, si sigues así —le advirtió Pamela—. Te traeré la cena.

A solas con su paciente, Luna le volvió a refrescar la cara con un paño fino para bajarle la fiebre.

El médico lo había visitado la mañana siguiente de su llegada.

—No hay nada que pueda hacer por él, señorita Luna. Límitese a mantenerlo lo más cómodo posible. Solo podría salvarlo un milagro.

Se abrió la puerta y Pamela entró en la habitación con una bandeja, donde llevaba la cena.

Ante la atenta mirada de su hermana, dio un mordisco a un filete de carne.

—¿Cómo están los niños?

—Bien. Revoltosos y ruidosos pero bien. La excursión que hemos hecho hoy los ha dejado completamente agotados. Creo que voy a organizar otra mañana. ¿Querrás acompañarnos? Te irá bien un poco de aire puro.

Luna negó con la cabeza.

—Por ahora mi lugar es este. Míralo, Pamela. Es tan corpulento y tan fuerte, pero está tan grave y parece tan indefenso. Me recuerda a cuando mamá y papá... —Su voz se quebró y se desvaneció poco a poco.

Pamela se acercó a Luna y la abrazó en un gesto de consuelo.

—Oh Luna. Esto debe ser muy fuerte para ti, pero estás haciendo todo lo que puedes; todo lo humanamente posible, como hiciste con mamá y papá. Los dos murieron. Pero no por tu culpa —dijo Pamela enérgicamente—. Fue la voluntad de Dios.

Luna luchó contra la oleada de pena.

—Te echamos mucho de menos. Celia dice que sus meriendas no son lo mismo sin ti, y Nico y Rodri se pelean si tú no estás para poner paz. Además, con lo mal que ve Carlos las palabrotas de Pedro, me temo que mi salud mental está en grave peligro.

Luna soltó una risita involuntaria y de inmediato se sintió mejor. El fino sentido del humor de su hermana siempre conseguía levantarle el ánimo.

Luna hizo una pausa para estudiarla atentamente durante unos minutos. La finura de su cutis hacia sombra a la textura de los pétalos de la rosa. Era buena, dulce y modesta. En opinión de Luna, no había joven más encantadora. Luna estaba decidida a que Pamela disfrutara de la emoción que supone descubrir el galanteo y el romance.

Luna sonrió.

—Lo estás haciendo de maravilla cuidando a los niños, Pamela. Hacerte cargo de la casa será un buen entrenamiento para cuando formes una familia.

Pamela se dirigió a la puerta.

—¿Necesitas algo más antes de que me retire?

—No, gracias. Hasta mañana.

Después de poner paños fríos en la frente de su paciente, se tumbó en el sofá y a pesar de todos sus esfuerzos por seguir despierta, sus párpados se cerraron. Su último pensamiento, antes de dormirse, fue el de si aquel desconocido se despertaría algún día.

## Capítulo II

Joe Grimaldi, cuando despertó, le dolían todas las partes de su cuerpo. Vio una mesa de madera de roble y un gran armario ropero de Sapeli.

Había una mujer durmiendo en el sofá.

La mirada de Joe Grimaldi se detuvo, fascinado por aquella mujer. Aquella mujer le parecía, en algún sentido, vagamente familiar. Su mirada se detuvo en los labios de la mujer que estaba a su lado y permaneció fijo en aquella parte durante un rato.

Tenía la boca más bonita que él había visto nunca. Labios rosados y sensuales que parecían pedir a gritos que alguien los besara.

Un sonido escapó de sus labios.

El sonido, aunque apenas audible, abrió lentamente los ojos de la mujer. Durante varios segundos se miraron fijamente a los ojos.

La mujer se acercó a la cama, alargó la mano y le tocó la frente.

—La fiebre había remitido. ¡Gracias a Dios!

Joe Grimaldi la observó, intentando poner en orden sus ideas.

—¿Le apetece beber un poco de agua? —Hizo un pequeño gesto afirmativo con la cabeza.

Ella le acercó un vaso, lo incorporó ligeramente y lo ayudó a beber.

—¿Quién es?

—Me llamo Luna Albaniz. ¿Me puede decir cómo se llama usted?

—Joe Grimaldi. —Las palabras apenas fueron audibles.

—Bueno Joe, bienvenido de nuevo al mundo de los vivos.

—No intente moverse ni hablar, Joe —le instó ella dulcemente—. Ha estado muy grave durante esta última semana. Le encontramos medio sumergido en un riachuelo en un bosque cerca de León. Le habían disparado y tenía una herida profunda en la cabeza.

Joe la escuchó mientras su mente retrocedía al pasado tratando de recordar algo. Un disparo. Un calor abrasador. Corriendo a toda prisa a lomos de su caballo Dionisio por el bosque. Alguien había intentado matarle otra vez. Era la segunda vez que le ocurría.

—¿Dónde estoy?

—En mi casa, la casa de los Albaniz. Justo a las afueras de León. Unos diez minutos al noroeste de la ciudad.

—¿Y mi caballo Dionisio?

—Su caballo está bien. Es un animal muy inteligente. Fue el quien nos guió hacia usted.

Le puso la mano en la frente y le dio un calmante para el dolor.

Joe Grimaldi notó su suave tacto y de repente, recordó por qué aquella mujer le resultaba tan familiar.

—Es el Ángel —murmuró mientras cerraba los ojos—. Es el Ángel.

Varios minutos después, Luna se unió al desayuno familiar.

## Capítulo III

—Tengo buenas noticias para todos. Parece ser que nuestro paciente va a salir de esta.

—Son muy buenas noticias, señorita Luna —dijo Carlos, el cocinero, mientras dejaba en la mesa una fuente de huevos revueltos.

—¿Crees que el tipo ese sabrá jugar al ajedrez? —intervino Nico, de once años. Rodri juega fatal.

Luna dirigió una mirada a su hermano menor.

—Se llama Joe Grimaldi no ese tipo —informó Luna.

—¿Crees que le gustarán las meriendas con pastas y te, Luna? —preguntó Celia, la hermana pequeña de cinco años.

—Por descontado que no —intervino Niko, de once años.

—Ya basta, Niko —le regañó Luna con un tono que hizo callar al niño. Se giró hacia Celia y acarició el pelo de la pequeña.

Franco, el mayordomo, entró en el comedor. A petición de Luna, tanto el mayordomo como el cocinero comían con el resto de la familia.

## Capítulo IV

Joe Grimaldi abrió lentamente los ojos, giró la cabeza y se encontró a una niña mirándolo fijamente, de cabello oscuro que estaba sentada en el sofá. Recordó vivamente a la joven que lo había despertado la última vez, aquella niña era un duplicado. Era obvio que eran madre e hija.

—¿Dónde está tu madre?

—Mi madre está muerta.

—¡Muerta! Pero si la vi ayer por la noche.

—Esa es mi hermana Luna, pero me cuida igual que si fuera una mamá. Nos cuida a todos —a mí, a Pamela, a Niko, a Rodri, a tía Oliva; a Carlos, el cocinero y hasta Franco, el mayordomo.

—¿Dónde está tu padre?

—Papá también está muerto, pero tenemos a Luna. Yo la quiero mucho.

—¿Tienes una tía?

—Oh... sí. Tía Oliva. Es hermana de papá y vino a vivir con nosotros cuando él murió.

Franco estaba con mi hermana Luna cuando lo rescataron.

La puerta se abrió de par en par y Luna entró a toda prisa en la habitación.

—Ven conmigo —instó a la niña.

Cuando se quedó solo, Joe emitió un suspiro de alivio.

## Capítulo V

La puerta de la alcoba se abrió y entró Luna con una bandeja grande en las manos, con un puré de zanahorias y un filete de ternera.

Tras comerse los alimentos se empezó a encontrar mucho mejor.

—Usted y su mayordomo me rescataron.

—Sí. ¿Recuerda algo de lo ocurrido?

—Me seguían dos hombres a caballo. Recuerdo que salí a toda prisa con mi caballo Dionisio por entre los árboles. Me dispararon e intenté ocultarme en el bosque. Salteadores de caminos, por supuesto —contestó el—, intentaron robarme la bolsa de dinero que llevaba.

¿Lo consiguieron?

Joe no llevaba ninguna bolsa con dinero, ya que guardaba una pequeña cantidad en un escondrijo, pero no podía explicarle a Luna aquello.

—Me temo que sí, porque no encontramos ninguna bolsa con dinero cuando lo rescatamos.

Nadie debía saber que el herido era el marqués de Grimaldi, heredero de un gran ducado.

## Capítulo VI

A las nueve de la mañana del día siguiente, Agustín Méndez, Conde de Casas Viejas, preguntó a su mayordomo Ramiro.

—¿Qué tiene para mí?

Ramiro hizo una reverencia y le presentó un sobre lacrado.

—Un hombre lo ha traído y ha dicho que espera respuesta. La carta procede de una tal señorita Luna Albaniz, de Los Trigales y que va dirigida al señor, Agustín Méndez.

—Déjeme a solas, le llamare en cuanto haya leído la nota.

Ramiro salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Agustín abrió el sobre y leyó rápidamente el contenido.

*Estimado Agustín:*

*Mis planes de pasar varios días en mi pabellón de caza han cambiado. Quiero que vengas a la casa de los Albaniz en Los trigales cuanto antes. Aquí todo el mundo cree que soy tutor. Por favor, tráeme algo de ropa, propia de un tutor. Te pido que no releves mi paradero a nadie.*

*Te espero.*

Agustín salió inmediatamente y se dirigió hacia el vestíbulo. Un joven le estaba esperando sentado en el escalón de la entrada.

—¿Es usted el mensajero que ha traído este sobre?

—Sí —contestó el joven—. Puede decirle a la señorita Luna Albaniz que me espere esta tarde.

Al llegar a la casa de los Trigales, Agustín Méndez llamó a la puerta. Le abrió un hombre corpulento vestido con ropa de trabajo.

—¿Quién es usted y qué quiere?

—Me llamo Agustín Méndez, creo que me esperan.

Agustín esquivó al mayordomo y tendió la mano a la joven.

—Soy Agustín Méndez.

—Luna Albaniz —contestó ella con una sonrisa, al tiempo que estrechaba la mano de Agustín Méndez.

—Señor Méndez, sígame por favor.

Mientras la seguía no pudo evitar mirar las atractivas curvas de sus caderas.

—El señor Grimaldi está allí, en el jardín —le indicó.

—Sí que has tardado en venir —dijo Joe a modo de saludo a su cuñado Agustín Méndez.

—¡Válgame Dios! Pero, ¿qué te ha pasado?

—En vez de contestarle, venga; demos un paseo. Tengo mucho que contarte.

—¿Qué te ha sucedido? Explícamelo todo.

Joe Grimaldi explicó los acontecimientos de los últimos días.

—Esa joven te ha salvado la vida.

—Sí.

—Y crees que ha sido la segunda vez que han intentado matarte. ¿Quién puede querer matarte?

¿Y por qué? ¿Una amante despechada? Lo dudo. ¿Y que me dices de los negocios?

—Me planteé la posibilidad de hacer una inversión considerable en la compañía de transportes navales, pero tras investigar la compañía me retracté. De todos modos, Marcus ya había dado por hecho que yo haría la inversión.

—Te culpa a ti por su ruina.

—Lo hace —lo interrumpió Joe—. Me echa a mi todas las culpas.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo él mismo.

—Odio sugerirlo —dijo Agustín—, pero... ¿te has planteado la posibilidad de que sea alguien de tu familia?

—¿Acaso estás sugiriendo que mi padre, el poderoso duque de Grimaldi, desea verme muerto? No me lo puedo imaginar manchando las manos de sangre, aunque solo sea simbólicamente, ni haciendo un esfuerzo para encontrar tiempo, entre sus adúlteras aventuras amorosas, y lo mismo

digo de mi madre; está demasiado ocupada con sus compromisos sociales y citas clandestinas con sus amantes para enterarse de que existo. Aunque es cierto que Julio heredaría mi título, pero mi querido hermano suele estar demasiado borracho para ocuparse de matarme. Mi hermana Victoria no solo no ganaría nada con mi muerte, sino que es tu esposa —y espero que la tengas en mejor concepto.

—En realidad estaba pensando en Julio, tu hermano —dijo Agustín con voz sosegada—. Tu muerte lo convertiría en marqués y en un hombre muy rico.

—Me atacaron de camino a mi pabellón. Muy poca gente conoce este sitio, en un lugar que me refugio cuando quiero estar solo. —Joe miró a Agustín a los ojos—. Le dije alguien más a donde iba aparte de ti. De repente le entro una amargura y dijo: A Julio. Mi propio hermano esta intentando matarme.

—Tal vez Julio se lo dijo a alguien más.

—No lo creo: Me detuve en una casa de Ponferrada para dejar unos papeles. ¡Dios mío, Agustín! Siempre he sabido que mi familia es inmoral y repugnante, pero he de admitirlo, estoy desconcertado por la posible implicación de Julio en todo esto.

—Sí —ratificó Agustín—. Verte aparecer va a ser una sorpresa para alguien.

—Ya lo creo que sí. Pero me parece que no voy a dejarme ver todavía. Luna me ha ofrecido que me quede aquí todo el tiempo que quiera y yo voy aceptar la invitación. Mientras tanto, tú puedes investigar de forma discreta a Julio y a Lorena.

—Dalo por hecho —dijo Agustín. ¿Pero que harás si resulta que tu hermano esta en todo esto?

—Ya conoces la situación de mi familia. Nunca he tenido la sensación de tener un hermano.

Tras un breve silencio, Agustín preguntó:

—¿Le has dicho a los Albaniz que eres tutor?

—Sí, creen que no tengo familia. Pensé que era mejor mantener en secreto mi identidad.

—Dime, ¿cómo son los padres de la señorita Luna, que permiten que su hija se pase de noche por esos caminos de Dios con sus criados?

—Sus padres están muertos.

Agustín se quedó pensativo.

—¿Entonces quién cuida de ella?

—Nadie, ella lleva todo el peso de la casa, que incluye cuatro hermanos menores y una tía mayor. La mas pequeña es una niña de siete años, Celia; luego esta Niko, de once y Rodri de trece, dos verdaderos demonios, y Pamela de dieciocho.

—Y qué me dices de tu salvadora, la señorita Luna Albaniz. No he podido evitar fijarme en lo sumamente atractiva que es.

—No me he fijado —mintió Joe en un tono cortante, que pretendía disuadir a su amigo de que prosiguiera con sus indiscreciones.

Agustín no cogió la indirecta.

—¿Lo dices en serio? Tiene un cutis perfecto, unos labios carnosos y sensuales y unas curvas que...

—Ya basta —lo interrumpió Joe dirigiéndose a su amigo y cuñado con una mirada de advertencia—. Soy el hermano de tu mujer. No creo que a Victoria le hiciera ninguna ilusión oírte ensalzar los atributos físicos de otra mujer.

—Solo estaba señalando lo evidente. No pretendía ser ofensivo. Sabes lo mucho que quiero a tu hermana. Cuidar de los niños es una gran responsabilidad para una mujer joven y soltera —comentó Agustín—. Supongo que habrá heredado una buena cantidad de dinero para mantener la casa y alimentar a toda la familia.

—No lo sé. Su padre era capitán de barco.

Agustín arrugó la frente.

—¿No será por casualidad el famoso Trinidad Albaniz? ¿No has oído hablar de sus hazañas?

—Sí, creo que oído hablar de él.

## Capítulo VII

Cuando los dos hombres llegaron a casa, Luna sirvió una copa al señor Agustín Méndez mientras que Joe se disculpaba para cambiarse de ropa.

Mientras que Luna servía al amigo de Joe, tuvo que admitir que le gustaba lo que veían sus ojos. Agustín Méndez no solo era agradable a la vista, sino que además era cordial y de fácil trato. De hecho era casi tan atractivo como el señor Joe Grimaldi.

—¿Ha disfrutado del paseo por el jardín?

—Muchísimo. Y debo decirle, señorita Luna, que tengo una profunda deuda con usted por haberle salvado la vida a Joe Grimaldi.

—No hice más que lo que hubiera hecho cualquiera.

—¿Recuerda el lugar exacto dónde encontró a Joe?

—Por supuesto. — Ella describió la localización con todo detalle.

—Dígame señorita Luna, ¿no sería su padre, por casualidad, el capitán Trinidad Albaniz?

—Sí. ¿Conocía usted a mi padre, señor Agustín Méndez?

—No, pero oí muchas cosas sobre él —contestó ella—. Le echamos mucho de menos.

—¿A quién echan de menos? —preguntó Joe uniéndose a la conversación.

—Estábamos hablando de mi padre.

Vestido de forma muy elegante, Luna lo repasó de arriba abajo, notó que le quemaban las mejillas, lo miró como si fuera un manjar y ella estuviera muerta de hambre.

El Señor Agustín Méndez miró el reloj y se levantó.

—Me temo que debo irme. Tengo un largo camino por delante. —Tomó la mano de Luna. —Muchísimas gracias por su amable hospitalidad y por todo lo que ha hecho por Joe Grimaldi.

Luna casi se sintió culpable aceptando aquel agradecimiento por cuidar a Joe. En realidad, había sido un placer.

—Volveré dentro de una semana y te pondré al corriente de todo lo que pasa en León.

—Gracias Agustín —dijo Joe—. Valoro mucho lo que haces por mí mientras yo estoy aquí rascándome la barriga.

—¿Eso es lo que piensas hacer? —dijo Agustín—. No sé por qué, pero lo dudo bastante.

—Ya veo que sigues en tus trece.

—Sería una verdadera lastima que le robaras el corazón a la señorita Luna y luego le dieras una patada.

—No tengo ninguna intención de seducirla. No es para nada mi tipo.

—Tal vez no debería preocuparme de que le robes el corazón a la señorita Luna, es mucho mas probable que te lo robe ella a ti.

—¿Y qué más? —preguntó Joe.

—Nada más. Hasta la próxima semana.

Mientras que se dirigía hacia la casa, recordó las palabras de Luna. «No es malhumorado, arrogante ni cínico. Simplemente se siente solo».

Un pensamiento de incredulidad salió de sus adentros.

La señorita Luna tal vez fuera muy inteligente, pero iba muy desencaminada con el análisis que había hecho sobre él. En todo momento tenía alrededor un montón de gente.

Mayordomos, ayudas de cámara; sirvientes domésticos que lo seguían a todas partes.

A veces hasta le agobiaban los pegajosos brazos de su última conquista. Parecía que siempre había alguien que quería algo de él.

Se detuvo desconcertado por la idea.

Estaba solo. Nadie saludándole humildemente, deseosos de ganarse el favor del marqués Joe Grimaldi.

Los Albaniz no tenían ni idea de quién era, a sus ojos no era más que un tutor.

De golpe le vinieron a la cabeza las palabras de Agustín.

«Es mas fácil que ella te robe a ti en corazón».

Joe se rió a carcajadas.

«Vaya idea tan absolutamente ridícula».

El sabía que las mujeres solo eran oportunistas, falsas y desleales. Su madre era un típico ejemplo de esa clase de mujeres que tenía aventuras ilícitas, y que coleccionaba joyas que le regalaban sus amantes. Ninguna mujer iba a robarle el corazón.

## Capítulo VIII

—Su amigo el señor Agustín Méndez es una persona muy agradable —comentó Luna cuando Joe volvió al patio.— ¿Hace mucho que son amigos?

—Hace más de diez años que somos amigos. —Cuando se dio la vuelta para mirar de nuevo Luna, se percató de que ella lo estaba estudiando atentamente.— ¿Ocurre algo?

—No —respondió Luna—. Solo me preguntaba si quería usted afeitarse.

—Me gustaría afeitarme, en efecto, pero me temo que yo solo no pueda hacerlo.

—Si no es capaz de hacerlo usted mismo, yo lo puedo afeitar. Solía afeitar a mi padre cuando estaba enfermo y lo hacía bastante bien.

Joe se sentó en una butaca mientras Luna le extendía la espuma por toda la cara.

Joe fue relajándose tras las primeras pasadas. La suavidad de sus manos lo dejaron completamente relajado.

Luna se inclinó hacia delante para alcanzar una toalla y sus senos se apretaron sobre el brazo de Joe, lo que provocó que las partes íntimas de este despertaran de inmediato.

Cuando ella hubo acabado, sus miradas se cruzaron; él no pudo evitar que su mirada se deslizara hasta la boca de Luna. Tenía la boca más apetitosa que había visto nunca.

Aquellos labios carnosos parecía que estaban pidiendo a gritos que los besaran, y se imaginó a sí mismo acariciando la lengua de Luna con la suya.

Luna le tocaba la mejilla con su mano.

—Le encuentro extremadamente atractivo. —Sus dedos se deslizaron suavemente por su rostro.

Él sabía cómo reaccionar ante una caricia de índole sexual, pero encontraba aquella forma tan inocente de tocarlo absolutamente inquietante. Ella no podía imaginar lo que le estaba haciendo.

¿O tal vez sí?

Tal vez la señorita Luna no fuera tan inocente como parecía. ¿Acaso existía una sola mujer en el mundo que no tuviese doblez?

—¿Le parezco atractivo?

—Ya lo creo, señor Joe. Creo que es el hombre más guapo que he visto en mi vida.

Pero segura que ya se lo han dicho muchas mujeres.

—Algunas, pero nunca las creí.

—Yo siempre intento decir la verdad.

—Entonces, usted es la primera persona que conozco que lo intenta.

—Mis padres nos enseñaron que la sinceridad tal vez sea la cualidad más importante en una persona.

—¿Ah, sí? Pues mis padres me enseñaron que no debía confiar en nadie.

—¿O sea que está diciendo que no confía en mí?

Él no confiaba en nadie. Bueno, salvo en Agustín y Victoria. Pero... ¿En Luna? ¿Por qué iba a confiar en ella? ¡Apenas la conocía!

Luna le había salvado la vida. No tenía ni idea de quién era él, creía que era un mero tutor sin pena ni gloria.

Luna era una persona generosa. Y leal, una persona digna de confianza.

—Bueno, ahora debo dejarle. Tengo unas cuantas tareas que hacer antes de que vuelvan los niños.

## Capítulo IX

Después de que Luna se fuera, Joe intentó descansar, pero tenía la cabeza demasiado llena de ideas para conciliar el sueño.

Inquieto, molesto y profundamente irritado, Joe empezó a dar vueltas por la habitación. ¿Qué diablos tenía aquella mujer que tanto le atraía? Recordó cómo el mero roce de los senos de Luna le había hecho palpar sus partes íntimas. Se detuvo, intentando recordar la última vez que había mantenido relaciones sexuales con una mujer.

Con una exclamación de disgusto, se percató que hacía casi cuatro semanas que no visitaba a su amante. Para él, era inhabitual tener periodos de abstinencia tan largos.

Necesitaba volver a León y reencontrarse con ella para tener un largo desahogo sexual. apretado contra el suyo, intentó librarse de aquellos pensamientos y calmar su cuerpo. Iba a estar viviendo allí durante unos días. Luna no era más que una solterona que había quedado para vestir santos. «Con unos ojos en los que se podría perder cualquier hombre y un corazón bondadoso que aparentemente abre a todo el mundo. Con un cuerpo que pide agritos que le toquen».

Joe se dirigió a la biblioteca. Una vez allí le llamó la atención el título de una revista a la que, al parecer, el capitán Albaniz estaba suscrito. Aquello le pareció bastante raro pues no parecía que aquel tipo de revistas fuera propio de un marino. Cogió el ejemplar que estaba encima y lo contempló sorprendido; era un número actual, de modo que era obvio que no pertenecía al padre de Luna.

Parecía que solo habían pasado unos minutos, cuando oyó llamar a la puerta.

—Aquí está —dijo Luna mientras entraba en la biblioteca ¿No tiene hambre?

—No conseguía conciliar el sueño, de modo que decidí aceptar su invitación y coger prestado algo para leer.— Miró la copa vacía que tenía en la mano.— También me he tomado la libertad de degustar su excelente brandy. Espero que no le importe.

—En absoluto. —Luna se dejó caer en la butaca que había enfrente de Joe—. ¿Qué está leyendo?

—El último número de H. Veteranos. —Él vio cómo miraba la revista que tenía entre las manos y se ponía pálida, una reacción que el encontró de lo más curioso—. Debo admitir que me ha sorprendido encontrar una pila de números actuales en su biblioteca.

Luna hizo un gesto con la cabeza.

—¿Sorprendido? ¿Por qué?

—No me puedo imaginar a los criados Franco o Carlos leyendo esta revista, y desde luego no es una revista dirigida para mujeres.

—Ya entiendo. Creía que a la mayoría de las mujeres no les gustaban los relatos aventureros de los hombres.

—Me... me temo que yo no soy como la mayoría de las mujeres.

—Parece lamentarlo.

—No realmente, aunque he de admitir que a veces me gustaría poder ser como las otras jóvenes del pueblo, libre de responsabilidades y con más vida social.

—No, usted no es como las demás mujeres —dijo él con dulzura—. Y, creedme, eso no es un cumplido.

En la cena de aquella noche se quedó sorprendido de que Niko, Rodri y Celia compartieran mesa con los adultos, pero se quedó todavía más de piedra, cuando comprobó que Franco y Carlos también comían con la familia. La charla era animada y constante, algo a lo que no estaba habituado.

De niño nunca le dejaron comer con sus padres. El duque y la duquesa comían en el comedor principal, mientras que su hermana Victoria, su hermano Julio y él comían con la institutriz.

Luna cogió la copa y la levantó, mirando a Joe.

—Estamos encantados de compartir nuestra mesa con usted.

—Gracias, muchas gracias —dijo él.

Todos alzaron sus copas y brindaron a su salud.

—¿A quién le toca hoy dar gracias por los alimentos, Luna? —preguntó Pamela, cuando todo el

mundo se hubo aposentado en sus sillas.

—Creo que le toca a Celia —le contestó, sonriendo a su hermana pequeña.

—Nos damos la mano durante la oración de la cena —dijo Celia solemnemente.

Luna deslizó su mano dentro de la de Joe suavemente.

—Gracias, señor, por obsequiarnos con esta comida y con otro día más. Por favor bendecid a Luna, Pamela, Niko, Rodri, tía Oliva, Carlos, Franco. Por favor cuida de mamá y papá, que están en el cielo, y diles que les queremos. Y, por favor, bendice también al señor

Joe Grimaldi; porque ahora forma parte de nuestra familia. Amén.

—Contadme lo que habéis hecho esta tarde en el pueblo —preguntó Luna a la mesa.

Todo el mundo empezó hablar al mismo tiempo.

—¿Es así como habla la gente educada desordenadamente y a voz en grito?

Niko, a pesar de las interrupciones de Rodri, explicó que había comprado en una librería. Pamela contó su visita al sastre; y Celia explicó las golosinas que había comprado y comido de camino a casa.

—¿Y usted, tía Olivia? —preguntó Luna—. ¿Se lo ha pasado bien en el pueblo?

—Sí, cariño. Muy bien.

—Tía Oliva me ha acompañado al sastre —intervino Pamela—. Ha estado haciendo media mientras yo me probaba varios vestidos.

Aquella mesa parecía un gran debate. Luna hacía de moderadora, procurando que todo el mundo tuviera oportunidad de hablar. Anticipaba discusiones e introducía nuevos temas en los pocos momentos que se hacía el silencio. Joe se debatía entre si aquella conversación ruidosa e informal le resultaba entretenida o inaguantable. Pero de lo que si estaba seguro al final de la cena, era de que, con tanto ruido, parecía que iba a estallarle la cabeza.

—¿Se encuentra bien, señor Joe? —preguntó Luna.

—Me temo que me duele un poco la cabeza. Buenas noches a todos.

## Capítulo X

Aquella misma noche Luna bajó al despacho de su padre. Todas sus pertenencias estaban exactamente como el las había dejado.

Los únicos cambios que había introducido en el despacho eran algunas pinturas de Celia, que Luna había enmarcado y colgado de la pared. Aparte de los papeles personales de Trinidad Albaniz, sus cajones guardaban ahora el secreto de Luna. Introdujo la mano en el bolso, sacó una llave y abrió un cajón. Extrajo una pila de papeles. Las aventuras de un capitán de barco H. Veteranos.

«El trabajo que amo, el trabajo que detesto». Le encantaba escribir aquellos relatos.

Pero también se le partía el corazón. Odiaba tener que mentir a su familia, pero, si alguien descubría que el autor de los relatos de aventuras que se publicaban en todas los números de la revista para hombres mas famosa de España era una mujer, perdería su única fuente de ingresos. Un escalofrió le entró por todo el cuerpo solo de pensarlo. Los chicos se verían obligados a dejar sus estudios y ponerse a buscar un empleo. ¿Y qué sería de Celia, tía Oliva, Franco y Carlos? La situación financiera de la familia dependía de ella, y si tenía que mentir para sacar adelante a su familia, pues mentiría.

La única persona que sabía quién era H. Veteranos era su editor, el señor Timoteo y él le había pedido encarecidamente que guardara su secreto. Aquellos relatos le reportaban unos succulentos beneficios y era demasiado avaricioso como para renunciar a ellos.

Por descontado, si el señor Timoteo hubiera sabido desde el primer momento que H.

Veteranos era una mujer, nunca le había comprado el primer relato. El único motivo por lo que la siguió contratando era que la revista se vendía bien. Ambos eran conscientes de los riesgos que entrañarían, tanto para la empresa como para la familia Albaniz, que alguien >averiguara la verdad.

Se sentó cómodamente en la silla y estuvo escribiendo dos horas; cuando hubo acabado la próxima entrega, guardó los papeles en el cajón, y lo cerró con llave.

Abrió la puerta y subió al jardín cogió unos pétalos de rosa en sus manos y los llevó a su nariz para respirar la dulce fragancia. Luna amaba aquel jardín. Lo había plantado su madre y habían pasado muchas horas juntas cuidando amorosamente las flores.

Estuvo un rato paseando por el jardín mientras la familia dormía. Cuando llegó a su banco favorito, se sentó.

Luna estimó que el pago que había recibido del señor Timoteo, debería bastarle para mantener la familia durante los próximos meses. Hasta podría reservar un poco para comprarle algún vestido nuevo a Pamela. Quería que tuviera la oportunidad de atraer a un joven educado para no convertirse en una solterona como ella.

Y a menos que le fallara la intuición, Mariano Sánchez, el médico del pueblo, estaba loquito por ella. Mariano era un buen hombre y también bastante atractivo.

También estaba el señor Joe Grimaldi.

No había visto un hombre tan importante como aquel en toda su vida. Parecía perfecto en todos los sentidos.

—¿Señorita Luna, qué hace aquí fuera a estas horas de la noche?

Aquella voz profunda sacó a Luna de sus pensamientos.

— ¡Santo Dios! ¡Señor Joe Grimaldi! Me ha asustado.

— Discúlpeme. Solo me preguntaba por qué estaba aquí sola a medianoche.

— Suelo salir a pasear por el jardín cuando todo el mundo esta durmiendo. Pero... ¿y qué me dice de usted? ¿Qué le ha traído hasta aquí?

—No conseguía dormir y he pensado que un paseo por el jardín me ayudaría a relajarme.

—Al parecer, los dos hemos tenido la misma idea. ¿Le apetece que paseemos juntos?

Joe dudó. Tenía delante el motivo que le había impedido conciliar el sueño. Había tenido unos pensamientos placenteros y sensuales protagonizados por la señorita Luna. Había tenido que hacer un gran esfuerzo para mitigar sus palpitaciones excitantes. Probablemente, un paseo con ella a la luz de la luna no era lo más sensato.

La mirada de Joe recorrió a Luna en todo su cuerpo, fijándose en cada una de sus curvas.

En los labios de Luna se dibujó una sonrisa maliciosa.

—No me había dado cuenta de que estábamos paseando juntos.

La muy condenada le estaba pinchando de aquella forma tan desenfadada que hacía que se le acelerara el corazón.

Tras dudar momentáneamente, lo cogió del brazo y lo guio a lo largo de un sendero.

—¿Qué tal se encuentra?

«Condenadamente excitado».

—¿Le gustan las flores, señor Joe?

—Supongo que sí.

Arrancó una flor, dejando que la luna iluminara sus pétalos rojos.

—¿Sabe que tipo de flor es esta?

Él la miró.

—¿Un pensamiento?

Riéndose, se colocó la flor en el ojal de la blusa.

—Es una rosa. Los pensamientos eran las flores preferidas de mi madre. Los plantaba cada año.

Al contemplar sus caderas, se le tensaron sus partes íntimas.

Al cabo de un rato se acercaron a un lecho de rosas.

Luna cogió una rosa amarilla y se la ofreció a Joe.

—Para usted —dijo con una sonrisa.

—¿Qué simbolizan las rosas amarillas?

—Amistad. Si... Somos amigos. ¿No?

—Considerando que me ha salvado la vida y que me ha abierto generosamente las puertas de su casa, estoy de acuerdo en que usted es mi amiga. Ojalá algún día pueda devolverle toda su amabilidad.

—Oh, eso no es en absoluto necesario. Me encanta su compañía.

Aparentemente en contra de su voluntad, sus pies dieron unos pasos hacia Luna. Las puntas de los senos Luna rozaron la camisa de Joe.

—Usted está ocupando mis pensamientos en este momento —dijo él.

—¿Ah, sí?

Deseaba besarla con todas sus fuerzas, pero estaba experimentando una lucha interna entre sus deseos y su conciencia. «Te irás de aquí dentro de dos semanas. No te arriesgues a hacer sufrir a una mujer que solo te ha mostrado amabilidad. Es una inocente chica de campo que no sabe jugar a los enrevesados juegos del amor a los que tu estas acostumbrado. ¡Déjala en paz!».

Ahogando un gemido, enterró mentalmente su conciencia en una honda sepultura y se inclinó hacia delante, rozando con su boca los carnosos labios de Luna.

La sangre le empezó a correr a toda la velocidad por las venas de todo su cuerpo como un río de aguas turbulentas a punto de desbordarse.

Luna dejó escapar un suspiro de placer.

Perdiéndose en ella, el ahondó el beso, recorriendo la abertura de los labios de Luna con la punta de la lengua. Ella se abrió como los pétalos de una rosa recibiendo de buen grado aquella invasión de su sedosa intimidad.

El instante en que sus lenguas entraron en contacto con Joe sintió que los dos estaban fundidos como la llama se funde con la cera al arder. Emitiendo un gemido, ella le rodeó el cuello con los brazos y devolvió el beso con el mismo fervor.

Al oírla murmurar su nombre tan apasionadamente, a él se le escapó otro hondo y dolorido gemido. Joe le besó el cuello abriéndole rápidamente los botones de la blusa.

Los labios de Joe empezaron acariciar las curvas de sus senos que sobresalían sobre el encaje de la combinación.

Mientras Luna se aferraba a los hombros de Joe, él le deslizó lentamente los labios cuello arriba. Se sentía como si alguien le hubiera prendido fuego por dentro.

Sus manos recorrieron incansablemente la espalda de Luna, deslizándose hacia abajo para

apresarle las nalgas, levantarla y apretarla fuertemente contra su excitante y dolorosa excitación. La sensación de los prominentes senos de Luna aplastados contra su tórax, con los pezones endurecidos como puntiagudas crestas, llevó el cuerpo de Joe al límite.

Su control, un aspecto de su personalidad en que siempre había podido confiar, estaba suspendido al borde de un abismo.

Tenía el miembro tan tenso como un puño apretado y le dolía a rabiar. Las manos le temblaban con la acuciante necesidad de apresar los senos de Luna... e ir descendiendo...

Bajo sus pantalones.

A menos que pensara despojarla de sus ropas, estirla sobre el suelo y tomarla allí mismo tenía que pasar ya.

—¿No te había besado nunca nadie?

—Solo un joven del pueblo. Estuvimos prometidos durante un tiempo.

A Joe aquello le sentó como un jarro de agua fría.

—¿Y te besó? —le preguntó Joe mientras su enfado iba creciendo mas inexplicablemente a cada momento.

—Sí, varias veces.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué no os casasteis?

—Cuando falleció mi padre, informé al chico de que no dejaría a mis hermanos cuando nos casáramos y sus sentimientos hacia mi cambiaron. Me dejó bien claro que, aunque yo le importaba, no estaba dispuesto a cargar con toda mi familia.

—Realmente te enseñó a besar.

—El nunca me besó como me acabas de besar tú.

—¿Ah no?

—Tú eres el único que... — Luna bajo la cabeza—. Debo irme. —Y se fue corriendo por el sendero.

Había salido a pasear por el jardín para tranquilizar su mente. Pero ahora su mente estaba mucho mas agitada. Sabiendo que después de haber estado con Luna, le resultaría imposible dormir. Se encaminó hacia la biblioteca y se bebió una copa de brandy.

Estaba sumamente excitado. El ya sabía que el besar a Luna era un error pero no había sido capaz de controlarse.

Nunca había besado a una mujer que todas sus curvas se adaptaban a las formas de su cuerpo como las piezas de un puzzle. A pesar de que la cabeza le decía que no la besara, había hecho caso omiso de lo que le decía la razón.

«Y ahora, mira como estas bebiendo brandy —y siendo incapaz de conciliar el sueño.

Y todo por culpa de una muchachita de pueblo. Ella es la única persona buena que he conocido en mi vida», pero aún así aquella mujer le había calado muy hondo y eso no le gustaba nada.

Joe apuró el brandy y se levantó. Tenía que afrontar la realidad. La única razón de que se hubiera quedado en la casa de los Albaniz era que alguien pretendía matarlo.

Regresaría a León dentro de unas semanas y nunca más volvería a ver a Luna. El tiempo que iba a tener que pasar en el campo tenía que buscar la forma de capturar a su asesino y no en besarse con una chica en el jardín.

Bueno tenía que admitirlo deseaba seducirla, pero no iba hacerlo. Su vida estaba en León y no había espacio para Luna Albaniz y su ruidosa familia. No más besos. Nunca debía de haber permitido que las cosas se le fueran de las manos, aquella noche, un error que no se podía repetir.

Seguro que podría controlar sus deseos carnales durante unas semanas. Luego volvería a León y se refugiaría en los brazos de sus amantes.

## Capítulo XI

Luna estaba tumbada en la cama reviviendo la hora más maravillosa y más vergonzante de su vida. Después de vivir veintisiete años sin tener la más remota idea de cómo se sentía el deseo, Joe se lo había enseñado en cuestión de minutos.

Se estaba enamorando de Joe Grimaldi.

Ella había pasado todos aquellos años cuidando de su familia. Ninguno de los caballeros del pueblo eran de su agrado. Con tampoco entre lo que elegir, había apartado de su mente cualquier esperanza de enamoramiento. Hasta que Joe Grimaldi entró en su vida.

Luna había sentido una inexplicable inexperiencia, vínculo que la unía a él.

Ahora después de pasar varios días con él, sus sentimientos se estaban haciendo cada vez mas fuertes.

Aparte de ser el hombre más importante desde el punto de vista físico que ella había conocido nunca, Joe tenía algo que le fascinaba.

«Tal vez le pueda curar por dentro, además de por fuera. Tal vez nadie haya sido bueno con él, ni nadie lo haya querido de verdad». Quizá si le mostraba a Joe lo que era el amor de una familia, se querría quedar a vivir en Los Trigales.

¿Qué probabilidad había de que él se enamorara de ella y quisiera quedarse? Un hombre ya la había dejado plantada por las responsabilidades que suponía compartir la vida con ella. Nada había cambiado, ella nunca se plantearía la posibilidad de abandonar a su familia.

Y luego estaba la cuestión de su secreta profesión. ¿Cómo podía plantearse la posibilidad de iniciar una relación romántica en tales circunstancias?

## Capítulo XII

A la mañana siguiente, Joe preguntó:

—¿Dónde está todo el mundo? —levantó un poco la voz para asegurarse de que tía Oliva le oía bien.

—Luna esta dando clases a los niños en el lago.

—¿Clases en el lago?

—Claro que sí, Luna siempre les imparte las clases al aire libre si el tiempo acompaña.

—Si me disculpa creo que voy a dar un paseo hasta el lago para ver a los demás.

La “clase” la daba en una manta extendida en el suelo, Luna estaba sentada con las piernas dobladas y a su alrededor estaban Rodri, Niko, Pamela y Celia.

Luna se giro al oír la voz de Joe.

—¡Señor Grimaldi! ¡Qué grata sorpresa!

—¿Puedo mirar cómo dan la clase?

—Por supuesto.

Joe se sentó a su lado y, alargando su mano, la obsequió con unas flores.

—Para usted.

Una sonrisa iluminó el rostro de Luna; a él, le dio un vuelco el corazón. Se acercó a ella y en voz baja, para que solo ella pudiera oírle, le dijo: discúlpame, ayer por la noche dejé que las cosas se me fueran de las manos.

—Por supuesto.

Cuando los niños hubieron completado sus tareas, todo el mundo se reunió en torno a la manta para comer.

Mirando a su alrededor, Joe comprobó que Niko y Rodri estaban absortos en las actividades que suponía comer pollo y cazar mariposas. Pamela y Celia estaban sentadas en el extremo mas alejado de la manta comiendo mientras se reían de las payasadas de Niko y Rodri.

Joe deslizó un dedo por la ruborizada cara de Luna. Ella se separó ligeramente. La necesidad de volver a probar aquella apetitosa boca se estaba imponiendo sobre su sentido común.

—¡Luna! —la voz de Celia interrumpió—. ¿Puedo tomar un poco de mosto?

Luna apartó a Joe con un movimiento brusco y sirvió a Celia un poco de mosto.

De repente le llegó una voz masculina, procedente de la densa arboleda.

—¿Es usted la señorita Luna?

Las miradas de todos se centraron en un grupo de tres personas que salían del bosque.

—Santo Dios, Luna, es el doctor Jiménez —dijo Pamela en voz baja y con tono de preocupación.

—¡Señorita Luna! —dijo el más bajo de los hombres.

Joe miro de arriba abajo al hombre que acababa de hablar. Joe se dio cuenta que la mirada de aquel hombre se detenía en Pamela.

Miró a Luna y vio que su mirada estaba puesta en el otro hombre del trío.

Joe se tensó cuando vio que aquel hombre examinaba las curvas del cuerpo de Luna.

La dama que se encontraba entre ambos caballeros dijo:

—Luna querida creo que deberías hacer la presentación de rigor.

—¿Presentaciones? Oh, sí. Por supuesto, le presento al señor Joe Grimaldi de León.

Señor Grimaldi, le presento a la señora Gloria Sumer vecina del pueblo y amiga de la familia.

—Luna prosiguió con las presentaciones: le presento al doctor Mariano Jiménez también vecino del pueblo y médico en esta localidad. Le visitó cuando estaba herido. Señor Grimaldi, déjeme presentarle a otro vecino del pueblo el señor Germán González. —Le tendió la mano.

Aquel nombre le sentó a Joe como una patada en la entrepierna.

Hizo un gran esfuerzo para permanecer calmado mientras examinaba al hombre que había dejado plantado a Luna.

—Bueno, me ha encantado volver a ver a todos —dijo Luna—. Pero estamos cansados y debemos volver a casa.

—Antes de que se vaya, Luna, debo explicarle el motivo que nos ha traído aquí —dijo mientras

alargaba la mano para entregarle un sobre—. Es una invitación para que usted y Pamela asistan a una pequeña fiesta que celebraré en mi casa dentro de una semana en honor al feliz regreso de Germán. También me encantaría que asistiera usted, señor Joe.

Espero que para entonces todavía siga en Los Trigales.

Joe percibió enseguida la sugerente invitación en la seductora mirada de la mujer. Así que inclinó la cabeza y contestó:

—Será un honor para mí asistir a su fiesta.

—Excelente.—La mirada de Glori seguía fija en Joe. Todos se despidieron y a Joe le hizo gracia que Mariano Jiménez no apartaba la vista de Pamela hasta el último segundo. Sin embargo no le hizo ninguna gracia que Germán no apartara la vista de Luna hasta el último momento.

—Luna espera.

—Tenemos que hablar sobre la falta de... decencia.

—¿Qué acabas de decir?

—Ese hombre, Germán es tu antiguo novio.

—Sí.

—Te ha mirado de una forma que solo se puede describir como indecente.

—Seguro que le has malinterpretado, Germán nunca me ha faltado al respeto.

—Ya lo creo que lo ha hecho. Te ha desnudado con los ojos hace apenas cinco minutos. — *Y maldita sea, yo también lo he hecho.* Su irritación dio paso a la ira—. Tu forma de vestir tan ceñida dista poco de lo escandaloso y la manera de exhibirte dista poco de la indecencia.

—¡Exhibirme! —exclamó Luna irritada—. ¡Ah, sí? ¿Dime, entonces lo que encuentras tan ofensivo?

—¡Todo! —dijo furioso. Toda la frustración que había ido acumulando en su interior explotó y salió al exterior—. Siempre estas tocando la gente. ¿Pasear a solas conmigo por el jardín? ¿Dejar que te besara? Y luego esta la forma que llevas la casa. Tus hermanos deberían estar en un internado. Los niños y el personal de servicio no comen en el comedor ni en la misma mesa que los adultos. Tu casa esta a un paso del caos, y el comportamiento de toda tu familia a menudo roza el límite de la decencia.

—¿Ya ha acabado el señor?

Joe asintió con la cabeza.

—Sí, creo que eso es lo que tenía que decir.

Luna dio un paso hacia él.

—Ahora es usted quien me va escuchar. Puede decir cuanto quiera sobre mí, pero no ose insultar a mi familia. Todos y cada uno de los miembros de mi familia somos amables y generosos y estoy sumamente orgullosa de todos ellos. No permitiré que ni usted ni nadie digan una sola palabra en su contra. En lo que se refiere a tocar a la gente no es más que mi forma de mostrar afecto. Si hubiera sospechado que lo encontraba tan desagradable, jamás le >habría puesto una mano encima. Y en cuanto a lo que pasó en el jardín, estoy de acuerdo en que cometí un grave error en permitir que me besara, tenga por seguro que no volverá a ocurrir. Imparto disciplina a mis hermanos con firmeza y afecto al mismo tiempo y creo que son unos chicos estupendos.

Joe la miró fijamente. Lo había dejado sin palabras. Se sentía como un imbécil, al dejarse dominar por el enfado.

Luna empezó a subir el camino que llevaba a la casa.

Aceleró el paso para alcanzarla y la cogió por un brazo.

—Luna, espera.

—Por favor, déjeme. Acaba de dejar claro lo mucho que detesta el contacto físico.

—Te debo una disculpa. Estaba enfadado y me he pasado. —Y luego añadió—: Lo siento

—Acepto sus disculpas, señor Joe. Ahora, discúlpeme, debo cambiarme de ropa.

Aquella tarde le tocaba a Rodri dar las gracias por los alimentos y todo el mundo se dio la mano. Todo el mundo menos Joe y Luna.

A Joe le embriagó una sensación de pérdida. «Toca la mano para mostrarle su afecto, pero no me quiere tocar a mí».

Se volvieron a cruzar sus miradas, tras varios latidos, ella depositó su mano en la de él. El apretó suavemente la mano de Luna, una sonrisa iluminó sus labios cuando ella le devolvió el apretón. Mientras Rodri daba las gracias por los alimentos. Joe volvió a apretar la mano de Luna.

—Señor Joe ahora ya puede soltar la mano de Luna —dijo Celia estirando de la mano de Joe.

—La oración ya ha finalizado.

Joe miró a la pequeña y soltó lentamente la mano de Luna.

La comida fue ruidosa y animada.

Aunque no intercambiaron más que unas pocas palabras durante toda la cena, Joe fue muy consciente de que Luna estaba sentada a su lado, cada vez que ella se movía un perfume a pétalos de rosa inundaba sus fosas nasales.

Tras la cena, el grupo se retiró al salón, donde Rodri retó a Joe a una partida de ajedrez. Luna, Pamela, Niko y Celia se pusieron a jugar a las cartas mientras tía Oliva se concentraba en su labor de punto.

Joe se quedó impresionado por lo bien que jugaba Rodri al ajedrez.

—Jaque mate —anunció Joe—. Has jugado de maravilla Rodri. ¿Te enseñó a jugar tu padre?

—Sí, mi padre nos enseñó a todos. Siempre gano a Niko, pero todavía no he conseguido ganar a Luna.

—¿Tu hermana juega al ajedrez?

—Luna jugaba incluso mejor que mi padre, y mi padre era muy bueno. se lo aseguro.— Miró a Joe.— Usted es bueno, pero apuesto lo que quiera a que Luna lo gana.

¿Cuándo la retara? —preguntó el muchacho con impaciencia.

—No te impacientes la retaré esta misma noche.

## Capítulo XIII

—Tengo entendido que eres muy buena jugando al ajedrez, Luna.

Cuando se dirigía al despacho para escribir después de que el resto de la familia se retirara a descansar, se detuvo sorprendida.

—Pensaba que todo el mundo se había retirado a descansar —dijo Luna, deteniéndose ante él.

—Todo el mundo... salvo nosotros dos —dijo Joe con dulzura—. Rodri me ha informado de que eres una excelente jugadora de ajedrez. ¿Puedo retarte a una partida?

—¿No se da cuenta de que no sería correcto que nos quedáramos los dos solos, mirándonos fijamente sobre un tablero de ajedrez? No soportaría recibir otro rapapolvo como el de antes.

—He reconocido que me he pasado de la raya. Creía que habías aceptado mis disculpas.

—Las he aceptado, pero...

—Entonces juegas al ajedrez conmigo.

Luna dudó un momento. Realmente necesitaba adelantar el trabajo de escritura, pero la posibilidad de pasar un rato a solas con Joe era demasiado tentadora para ignorar aquella proposición. Las aventuras de la revista H. Veteranos podían esperar.

Se sentaron uno frente al otro, separados por la mesita de ajedrez.

Con cada jugada fueron recuperando la fresca y desinhibida camaradería que tenían antes de la discusión. La distancia que había al principio de la partida se disipó hasta tal punto que no dejaban de pincharse y bromear entre movimiento y movimiento.

Luna movió la reina.

—Jaque mate.

—Efectivamente, jaque mate—asintió—. No sé cómo lo has hecho, pero no te he visto venir. Quiero que sepas que hacia años que no perdía una partida de ajedrez.

Joe la tomó del brazo y la guio hasta un sofá que había delante de la chimenea y se sentó a su lado.

Joe la estudió detenidamente, recorriendo su rostro lentamente con la mirada.

—Eres hermosa, Luna. Absolutamente hermosa. Por dentro y por fuera.

Joe rozó suavemente sus labios con los de Luna y luego se retiró. Ella lo miró fijamente, claramente aturdida.

La necesidad de volver a besar turbaba sus sentidos y le invadió el intenso deseo de fundirse con ella. Aquella mujer había tocado algo muy profundo de su interior. Joe dio rienda suelta a sus deseos. Introdujo sus dedos entre los sedosos rizos de Luna y cubrió sus labios con los suyos.

Ella le rodeó el cuello con los brazos. Joe hundió su boca con la de ella una y otra vez. Sin separarse, Luna se sentó sobre sus muslos. Joe contuvo un gemido cuando ella al cambiar de postura, apretó involuntariamente las nalgas contra su creciente excitación.

Con un hondo gemido, Joe empujó la espalda de Luna contra el sofá, acariciando sus senos y apretándolos con la palma de la mano completamente perdida en la exquisitez de aquel tacto y de aquel embriagador perfume a pétalos de rosa, sus labios recorrieron el cuello de Luna, besándole los senos.

Ella elevó la parte inferior del cuerpo, haciendo gemir a Joe al apretar los muslos contra su excitación. Joe, apretó los dientes para contener el acuciante impulso de poseerla.

Ella era una hembra acogedora y entregada que pedía más y él un macho que ardía en deseos carnales, atormentado por aquel palpitante dolor en la entrepierna. El impulso de levantarle las faldas y hundirse en su calidez de terciopelo le estaba volviendo loco. En menos de diez segundos podría estar dentro de ella, poniendo fin a este incesante dolor.

Pero no podía hacerlo. Luna era virgen y merecía muchísimo más que un rápido revolcón en un sofá con un hombre que iba a marcharse dentro de poco, un hombre que había pagado su bondad con mentira y duras críticas.

Luna no se parecía a ninguna de las vírgenes que había conocido, eran apocadas aburridas y generalmente iban custodiadas por su madre obsesionadas por encontrarle marido. Luna le provocaba, le confundía y le excitaba hasta el punto de provocarle dolor.

Nunca supo de dónde sacó fuerzas para alejarse de Luna, pero murmurando una blasfemia se

incorporo sentándola en el sofá Ella se incorporó y se apoyó en el brazo de Joe. Él la sujetó firmemente con su brazo y la acompañó hasta que llegaron a la alcoba de Luna. Abrió la puerta, la empujó dentro con delicadeza y luego cerró.

Tras entrar en su propia alcoba, Joe intentó desesperadamente no pensar en Luna, ardiente y acogedora, entregada, tendiéndole los brazos, con los ojos rebosantes de deseo.

No podía pensar en otra cosa. Podía haberla hecho suya.

Si su maldita conciencia no se hubiera interpuesto, ahora podría estar hundiéndose en las profundidades de sus suaves muslos acariciando su piel con perfume a pétalos de rosa.

«¿Por qué diablos se habrá despertado mi conciencia, largamente dormida, justo ahora? ¡Vaya momento más inadecuado para hacerse oír!».

Por mucho que intentara negarlo y por mucho que intentara convencerse a sí mismo de lo contrario, deseaba a Luna como nunca había deseado a otra mujer.

Deseaba desesperadamente ser capaz de hacerla suya y largarse sin más, pero no podía hacerlo.

## Capítulo XIV

A la mañana siguiente, Luna entró en la cocina bastante tarde. Tras disfrutar de una taza de café, Luna entró en el despacho. En la casa reinaba una verdadera calma y, si conseguía mantener sus pensamientos alejados de Joe, probablemente podría adelantar el trabajo que tenía pendiente.

Cerró la puerta tras de sí, se sentó en el escritorio, intentó centrarse pero sus esfuerzos fueron infructuosos, solo podía pensar en la noche anterior. Se debatía entre la absoluta vergüenza y la increíble evocación de una sensación maravillosa.

Luna estuvo reflexionando, largo rato mirando fijamente una hoja en blanco, solo fue capaz de llegar a dos conclusiones.

Primera, deseaba a Joe con una intensidad que le desconcertaba.

Segunda, el mismo motivo de que esa mañana siguiera siendo virgen era que el se había retirado la noche anterior.

Joe tenía que marcharse dentro unas semanas porque tenía que trabajar para una familia que vivía lejos de Los Trigales. Solo pensarlo, se le partía el corazón.

Tenía que mantenerse alejada de él.

Mas tarde aquella misma noche, después que todo el mundo se hubiera retirado a dormir, Luna se dirigió al despacho de su padre. Había escrito muy poco desde la llegada de Joe. Si no escribía no vendería, y sin vender no habría dinero.

Cuando pasó junto a la biblioteca de camino al despacho vio un suave resplandor por debajo de la puerta. Empujó la puerta y entró. La escena que vieron sus ojos la llenó de ternura. Joe estaba tumbado en el sofá que había delante de la chimenea.

Luna se acercó al sofá y se quedó mirando fijamente cómo dormía. La embargó una ternura abrumadora por aquel hombre.

Le quería.

«¡Que dios me ayude! ¡Cómo le quiero!».

Se arrodilló junto al sofá mientras devoraba con los ojos a aquel hombre que le había robado el corazón.

La cabeza le decía que se marchara, no tenía ningún sentido alargar más aquella dulce agonía de desear lo que no podía tener, pero sus deseos se rebelaron contra la razón y ganaron la batalla. Por una vez en la vida, Luna escuchó a su cuerpo, y lo que su cuerpo le pedía era tocar a Joe. No como lo había tocado cuando lo había cuidado mientras estaba herido, sino como una mujer toca a un hombre cuando lo ama.

Luna deslizó con suma delicadeza la yema de un dedo por la mejilla de Joe.

Se quedó inmóvil durante varios maravillosos minutos, arrodillada.

«Tengo que parar. No quiero arriesgar a que se despierte y me encuentre aquí arrodillada como una esclava adorando a su amo».

—No pares.

Luna se quedó helada ante aquellas palabras, De repente sintió una oleada de calor por todo el cuerpo, acompañada de una profunda vergüenza, que la dejó sin habla.

Joe alargó el brazo, cogió la mano de Luna con delicadeza y se la llevó al pecho. Ella notó el vello suave bajo la palma de la mano, y el calor de aquella piel la atravesó por completo hasta llegar al alma.

—No pares—volvió a susurrar el, dirigiéndole una mirada penetrante—.Tócame. —

Apretó fuertemente la mano de Luna sobre su pecho y luego le deslizó sobre la densa mata de vello—. Así.

El sentido común de Luna que nunca le había fallado, la voz interior que debería estar diciéndole que se detuviera, que pensara en su reputación, que considerara las consecuencias de sus actos, se empeñaba en guardar silencio.

Luna observó su mano sobre el tórax de Joe y luego la deslizó sobre su calida piel.

Se envalentonó y volvió a deslizar la mano lentamente sobre el torso de Joe, palpando con los dedos sus tersos músculos. Cuando las yemas de Luna rozaron uno de los pezones de Joe, inspiró sonoramente pero ella sabía que no le había hecho daño.

Luna siguió acariciándolo, con movimientos amplios y lentos. Desnudó completamente el torso de Joe, deleitándose ante aquella visión. Deslizó ávidamente ambas manos por el cuerpo de él. Los suspiros de Joe cada vez eran más largos y sus gemidos de placer más hondos con cada nueva caricia.

Luna sintió que su cuerpo se había convertido en un ascua incandescente. Sintió la necesidad de sus labios en aquella carne palpitante, de probar el sabor de aquella maravilla que estaban palpando sus manos.

Ella ansiaba tocarlo otra vez y el, sin embargo, evitaba su contacto. Le decía que le gustaba que le tocara pero la obligaba a parar. De repente, la embargó una espantosa sensación desvergüenza. Separando las manos de Joe, Luna se puso de pie e hizo un gran esfuerzo para contener las lágrimas,

—Siento haberte despertado. Te dejare con tu lectura.

—Se dio la vuelta para marcharse, pero él la retuvo rodeándole la cintura con sus manos.

—¡Al diablo con intentar actuar tan noblemente! —murmuró el.

La cogió de la mano y tiro de ella hasta que la sentó sobre sus muslos.

—Rodéame el cuello con los brazos —susurró con los labios a pocos milímetros de la boca de Luna.

Ella dudó un momento, pero cuando el murmuró un «por favor» ella ya estaba perdida. El en el instante en que la abrazo, recibió un largo, lento y profundo beso y la despojo de todo asomo de sentido común.

Ella suspiró su nombre, él la tumbó de espaldas sobre el sofá inclinándose hacia delante hasta estirarse completamente sobre ella.

Ella le abrumaba en todos los sentidos, sin dejarle pensar coherentemente. Joe apresó los senos de Luna con ambas manos, y con los pulgares le acarició los pezones, que inmediatamente se trasformaron en dos montículos duros. Luna gimió y apretó a Joe acercándole todavía más. Incapaz de detenerse, él deslizó una mano hacia abajo, cogiéndole el vestido y levantádoselo lentamente. Introdujo la mano y fue ascendiendo con los dedos por la pantorrilla hasta encontrarse con las bragas, una barrera que franqueó rápidamente.

Mientras que los dedos de Joe proseguían su placentera exploración pierna arriba, el se deleitaba escuchando los gemidos y suspiros que se le iban escapando a Luna. Cuando la mano de Joe alcanzo la unión entre los muslos, todo el cuerpo de Luna se tensó.

—Separa las piernas para mí, Luna, Quiero tocarte. Necesito sentirte.

Sin apartar ni un momento la mirada de la del, Luna obedeció.

Los dedos de Joe siguieron acariciando los suaves pliegues de carne femenina de Luna provocando en el un hondo gemido de placer masculino. Ella estaba húmeda y resbaladiza, caliente y tersa, y el se perdió en aquel contacto tan íntimo, aquella visión de Luna con la cabeza echada hacia atrás, deleitándose con aquellas nuevas sensaciones.

Mientras ella se retorció bajo las caricias de Joe, él introdujo suavemente un dedo en su interior, observándola todo el rato. ¡Estaba tan mojada y suave por dentro! El desplazó el dedo lentamente entrando y saliendo del cuerpo de Luna viendo cómo crecía su pasión.

Ella se apretó contra la mano de Joe y el supo lo que quería, consciente de lo ardiente y desesperada que se sentía en aquel momento. Exactamente como se sentía él.

La observó, completamente extasiado, mientras ella llegaba al clímax. Ella reaccionó abandonándose totalmente, apretando fuertemente las caderas contra él. Luna se cayó de espaldas sobre los cojines, saciada, el retiró el dedo de su cuerpo. Joe se tumbó a su lado y la apretó fuertemente sobre su cuerpo. Joe nunca había visto nada más erótico más sensual, que Luna en su primer éxtasis pasional.

Era un milagro que él no hubiera explotado también, aunque le faltó bien poco.

—¡Caramba, Luna! Eres hermosa tan suave y tan ardiente, tan acogedora.—Su excitación aumentó y volvió a notar que los pantalones cada vez contenían menos su tesa virilidad, en recordatorio de lo desesperadamente que deseaba hundirse en ella.

—¿Qué me ha pasado? Nunca había experimentado nada semejante.

—Has experimentado el placer femenino— susurró él.

—¡Ha sido increíble! No tenía ni idea de que fuera así.

Joe apoyó la frente en la de ella y cerró los ojos. Ahora que otra vez podía pensar con claridad, estaba profundamente enfadado consigo mismo. «Dios, soy un canalla asqueroso».

Acababa de comprometer la reputación de Luna más allá de toda esperanza, y todavía peor, sabía que, si no se alejaba de ella, la comprometería todavía más. Y ella se merecía mucho más que un revolcón en el sofá con un hombre que acabaría dejándola.

—No podemos seguir así Luna. Echarás a perder completamente tu reputación, y yo voy acabar perdiendo la cabeza. No quiero comprometerme más de lo que ya lo he hecho.

En el fondo me hubiera gustado llegar hasta el final. Me gustas demasiado, tanto que apenas puedo pensar con claridad.

Haciendo un gran esfuerzo para separarse de ella, Joe se sentó y luego ayudó a sentarse a Luna. Las partes íntimas le seguían palpitando y doliendo, pero él sabía que Luna era la única persona que le podía saciar, y era la única que no podía tener. Menuda ironía que todas sus riquezas haciendas y títulos no pudieran darle lo que realmente deseaba. Él sabía que podría tomarla sin más pero ¿a qué precio? «Me odiaría a mí mismo. Y todavía peor me odiaría ella. Tal vez ahora no, pero sí más adelante. Cuando me marchara».

Levantándose le tendió la mano.

—Vamos, te acompañaré hasta tu alcoba.

Antes que ella pudiera responder, la puerta de la biblioteca se abrió y entró Celia llorando como una Magdalena.

¡Luna, Luna! ¡Por fin te encuentro!

Luna fue corriendo hacia la pequeña y la abrazó fuertemente.

—¿Qué te pasa cariño?

—He tenido una pesadilla, con monstruos. Te he buscado por todas partes pero no te encontraba.

Estaba muy asustada. —Luna miro a Joe con ojos afligidos. Casi podía leerle el pensamiento.

«Mira lo que he hecho. Yo aquí, comportándome como una fresca mientras

Celia me necesitaba. Le he fallado. ¡Qué tremenda equivocación! ¿Y si nos hubiera interrumpido hace cinco minutos?».

Sin decir nada más, Joe se fue cerrando la puerta silenciosamente.

## Capítulo XV

Al día siguiente por la tarde entró en la casa de los Albaniz el señor Agustín Méndez, cuando estaban a punto de tomar el café.

—Agustín permítame que te presente a la señorita Celia Albaniz. Celia te presento al señor Agustín Méndez, un buen amigo.

— Encantada, señor Méndez —le dijo con una dulce sonrisa—. Siéntese, por favor.

Puede sentarse aquí, al lado de la señorita Josefina.

—Maravilloso —exclamó Celia, haciendo palmas—. Serviré el café mientras esperamos a que Carlos nos traiga las pastas.

Carlos llegó con una bandeja de pastas y la dejó en el centro de la mesa.

—Buenas tardes, señor Méndez

—Buenas tardes, Carlos.

—¡Qué suerte que haya llegado a tiempo para tomar el café! —dijo el criado con expresión de absoluta seriedad.

Celia pasó la bandeja a los invitados, sin dejar de conversar.

Solos en el podio, Agustín miro a Joe.

—No lo digas. Agustín.

—¿Que no diga qué?

—Lo que estas pensando.

—De hecho, me estaba preguntando qué te ha pasado en la cara.

— Me he afeitado.

—Agustín se quedó boquiabierto

—¿Con qué te has afeitado, con un hacha?

—Con una navaja de afeitar. No es nada fácil afeitarse solo. Te recomiendo que valores más a tú ayuda de cámara. En cuanto llegue a León, pienso doblarle el sueldo a Tito.

Joe y Agustín tomaron un sendero. Tras andar un rato se detuvieron y se sentaron en un banco de madera.

—¿Dónde esta el resto de los Albaniz? —preguntó Agustín.

—Luna, Pamela y tía Oliva están en el pueblo, y Niko guardando cama, ayer se cayó de un árbol.

—¿Está bien?—preguntó Agustín.

—Sí, pero el medico le recomendó guardar cama. Creo que tanto encierro está matando al pobre muchacho.

— Parece que te estas adaptando bien a la familia. Cuando hablamos la última vez parecías opinar de los hermanos Albaniz que eran unos gamberros ruidosos e ingobernables.

—A los muchachos les falta pulir un poco los modales —comentó Joe—, pero todos tienen un gran corazón. De hecho, son maravillosos. —Deslizó la mirada hasta el paquete que Agustín había dejado en el suelo—. ¿Son esas las cosas que te pedí?

Agustín asintió con la cabeza y alargó el paquete a Joe.

—Necesitaba varias mudas de ropa.

—¡Ah, sí! ¿Por eso me pediste que te trajera un vestido? Con zapatos y complementos a juego.

—El vestido es para la señorita Luna.

—Solo espero que Victoria no se entere de mi compra. Si llegara a enterarse, podría tener graves problemas. ¿Cómo Quieres que le explique que compré un vestido para ti?

—Eres un hombre de recursos. Seguro que se te ocurre alguna excusa pausable. Ahora cuéntame. ¿Cómo van las cosa por León?

—Ha habido bastante movimiento. Uno de nuestros sospechosos está muerto.

Lawrence. Suicidio. Lo encontraron en su despacho. Aparentemente se pegó un tiro.

—¿Y cómo sabes que no fue un asesinato?

—Según explicó su mayordomo, Lawrence llegó a su casa a medianoche y se fue directo al despacho. El mayordomo oyó el disparo varios minutos después.

—O sea que, en el caso de que Lawrence fuera nuestro hombre, ya no estoy en peligro.

—Siguiendo nuestro plan, expliqué a tu personal y a tu familia que te habías ido de viaje al

continente —informó Agustín—. Nadie cuestionó mi relato, pero Julio me ha preguntado varias veces por tu paradero exacto. Yo le he dicho que preferías mantenerlo en secreto porque estabas disfrutando de unas vacaciones con tu nueva amante.

—Con Lawrence muerto, Julio es nuestro principal sospechoso.

—Heredar varios millones de pesetas, junto con numerosas propiedades y títulos nobiliarios, es un buen motivo para asesinar a alguien. Pero de todos modos, creo que ya va siendo hora de que vuelvas a León. Si Lawrence era nuestro hombre, tu vida ha dejado de estar en peligro. Si el culpable es Julio, necesitamos desenmascararlo.

Durante las últimas semanas se había involucrado tanto con Luna y su familia que casi había olvidado su vida en León.

Una inmensa casa en la avenida Mirad de León una casa que funcionaba a la perfección. El paradigma de la elegancia, con un personal perfectamente formado que satisfacía todas sus necesidades.

—Sí, supongo que ha llegado el momento de volver a casa.

Aquellas palabras le produjeron una dolorosa sensación de vacío.

—No puedo irme hasta pasado mañana.

—¿Por qué?

—Prometí a Luna y a su hermana acompañarlas a una fiesta mañana por la noche, de ahí que te pidiera que me trajeras el vestido. No puedo faltar a mi promesa.

Paseando, los dos amigos habían llegado al establo. Tras desatar su caballo, Agustín se subía a la silla de montar.

—Te espero de vuelta pasado mañana Joe.

Estaría en León dentro de solo dos días. Debería estar ilusionado. Pero se sentía abatido.

Luna entró en su alcoba y una expresión de confusión se dibujo en su rostro. «¿De donde ha salido este paquete?».

Cogiendo el paquete, vio que tenía una tarjeta y la leyó:

«Para Luna, con todo mi cariño, Joe».

Llevaba todo el día quitándose de la cabeza, a él y el apasionado encuentro de la noche anterior, pero llenaba todos y cada uno de los rincones de su mente. Tenía que dejar de pensar en él. Pero ¿cómo?

Dejó el paquete sobre la cama. Retiró el papel de regalo, miró con admiración el contenido y luego levantó el vestido más bonito que había visto en su vida.

Salía de la habitación y en el vestíbulo se encontró con Joe.

—Joe, he encontrado el vestido. Es el vestido mas bonito que he visto en mi vida. No se qué decir, o cómo agradeceréte.

—No hace falta que me digas nada, y me lo puedes agradecer poniéndotelo mañana por la noche en la fiesta de la señora Gloria Sumes. ¿Puedo hablar con usted a solas, Luna?

Miró hacia abajo y se dio cuenta que Joe llevaba en la mano un ejemplar de la revista H. Veteranos.

—¿Va algo mal, Joe?

—No se cómo preguntarte esto mas que preguntándotelo. ¿Qué relación tienes con H. Veteranos?

—¿Qué me acabas de preguntar?

—¿Qué tipo de relación tienes con él?

—Yo soy H. Veteranos.

—¿Lo sabe alguien más?

—No. El editor me ha exigido que lo mantenga en el más estricto secreto. Cuando mi padre murió, necesitábamos dinero desesperadamente. Los ingresos que recibo de la revista me permiten mantenerlos a todos. Espero que me hagas el favor de no contárselo a nadie. Mi medio de vida depende de que mantenga mi anonimato.

—No tengo intención de hacer nada que pueda poner en peligro tu forma de ganarte la vida.

—Gracias.

—No hay de qué. Por favor, discúlpame.

Antes de que ella pudiera decir nada, Joe abrió la puerta y entró en la casa.

Aunque él no había dicho nada más, su brusca despedida lo había dicho todo.

Joe se pasó toda la tarde pensando en el sorprendente descubrimiento de que Luna era H. Veteranos y la conversación que tenía que mantener sobre la marcha de Los Trigales.

Después de la cena, Joe alegando un fuerte dolor de cabeza se retiró a descansar, Luna salió tras él.

—¿Te pasa algo, Joe?

—Solo estoy cansado y me duele la cabeza.

—Sobre la conversación que mantuvimos esta tarde. Espero que no pienses mal de mí.

—Nunca podría pensar mal de ti, Luna. Por lo que a mí respecta, esa conversación está olvidada.

Que duermas bien Joe.

Entró en su alcoba y cerró la puerta tras él.

Deambulaba por su dormitorio engullendo brandy a un ritmo alarmante. Estaba tenso y frustrado sexualmente como nunca lo había estado en su vida.

## Capítulo XVI

A la mañana siguiente, Joe se despertó muy tarde, con una de las peores resacas que había tenido en su vida.

Cuando llegó la hora de la comida, se sentó como de costumbre al lado de Luna y Celia, sonriendo ante todo lo que la pequeña le susurraba al oído.

De hecho. Habló y se metió literalmente a todos y cada uno de los miembros de la familia Albaniz en el bolsillo.

A todos menos a ella.

Al principio, Luna pensó que era ella quien se estaba imaginando que él la ignoraba, pero cuando lo tocó para atraer su atención en Niko y Rodri. ¿Qué demonios le había hecho ella para merecer el rechazo?

«Este hombre es absolutamente imposible. En un momento me besa como si no quisiera parar nunca y en el momento siguiente me evita como si tuviera la peste. Me hace regalos solo para darme la vuelta e ignorarme al día siguiente y todo porque sabe que soy H.

Veteranos. Me aseguró que había olvidado aquella conversación. ¿Acaso me mintió?».

Cuanto más pensaba en ello, más enfadada y ofendida se sentía Luna. Ya la había hecho sufrir un hombre, y no iba a permitir que le fuera a ocurrir otra vez lo mismo. ¿Cómo podía ver sido tan entupida de creer que se había enamorado de un hombre así? Atento en

un momento, frío al momento siguiente. Era obvio que aquel hombre era incapaz de aclararse sobre nada.

Joe repasó el rostro de Luna con la mirada y le invadió una oleada de culpabilidad.

La había ignorado durante la comida.

En un intento de evitar la tentación era evidente que había enfadado a Luna. Sintió una punzada de remordimiento.

—Creí que nos llevábamos bien. ¿Qué hecho mal?

—No Luna, no has hecho nada mal. Solo estaba intentando evitar la tentación.

—¿La tentación?

—Ejerces sobre mí una atracción irresistible. Eso me temo. Pensé que, si te ignoraba, no me sentiría tan intensamente atraído por ti y evitaría caer en la tentación. ¿Podrás perdonarme?

Ella le miró durante varios segundos y luego sonrió.

—Por supuesto.

—Para evitar posibles enfados, tal vez convendría que me dijeras qué cosas te molestan.

—La falta de consideración. El egoísmo y las mentiras.

Aquellas palabras le calaron muy hondo a Joe llenándole de vergüenza. Él era culpable de todas ellas. Especialmente de las mentiras, en lo que se refería a su relación con

Luna.

—Deberé hacer un esfuerzo para evitar participar en cualquiera de esas actividades.

—No tengo ningún miedo de que alguna vez puedas actuar sin consideración, con egoísmo o crueldad. Sé que no lo harás —le dijo dulcemente.

—Luna, no soy el dechado de virtudes que parece creer que soy.

—Si lo eres, Joe.

El la estrechó entre sus brazos, apretándola contra su pecho. Cerró los ojos intentando luchar contra la culpa y la vergüenza que le carcomían por dentro. Luna lo miraba con gran admiración, una admiración que a Joe lo hizo sentir por primera vez en su vida, que tal vez no era tan canalla después de todo.

Pero no era digno de aquella admiración.

«Aléjate de ella. Dile que te vas mañana».

En lugar de ello. La abrazó más fuerte e intentó absorber parte de su bondad, sabiendo que al día siguiente, cuando no estuviera allí, aquella mirada de admiración desaparecería de los ojos de Luna.

«Pasado mañana todo se habrá acabado».

Joe dijo a Pamela cuando la vio entrar en el salón.

—Está preciosa. Seguro que es el foco de las miradas de todos los hombres en la fiesta.

—Muchas gracias, señor Joe. Usted también está muy elegante.

—Gracias...—La voz de Joe se desvaneció en cuanto vio a Luna de pie en el umbral de la puerta, toda una visión con su vestido azul, avanzó hacia ella y le dio un beso en la cara.

—¿No te parece que el escote es un poco escandaloso?

Efectivamente era escotado, pero no exagerado ni indecente. De hecho, aquel escote era incluso moderado en comparación con los que llevaban las mujeres de la ciudad.

—Es perfecto —le aseguró con voz suave, intentando contener el deseo.

—¿Estamos listos para salir? —preguntó Pamela.

—Por supuesto —dijo Joe. Ofreció un codo a cada una de las acompañantes y las condujo hasta la calesa que las estaba esperando. Puso la calesa en movimiento y deseó lo mejor.

Luna entró en la elegante casa de Gloria Sumes con el corazón latiendo fuertemente.

Las fiestas siempre le habían dado pavor. Las pocas a las que había asistido no le habían aportado nada más que malos ratos, y un gran apuro.

Pero aquella noche era diferente. Llevaba un vestido precioso y el hombre más apuesto era su acompañante.

—Luna y Pamela —dijo Gloria en tono de afectación mientras le tendía la mano—. ¿Como me alegra verlas? Y señor Joe, ¡qué divino que también haya venido!—Dirigió a Pamela una mirada superficial y luego clavó los ojos en Luna—. ¡Que vestido tan precioso, Luna! Creo que nunca la había visto tan elegante. Ahora permítame que le presente a mis invitados, señor Joe. —Luego se dirigió a Pamela y a Luna—. ¿Me disculpan por favor? — Y pegándose a Joe, lo guio hacia la entrada del edificio.

—No soporto la forma en que trata esa mujer —susurró Pamela a Luna visiblemente enfadada—. ¿Cómo se atreve a llevarse al señor Joe de ese modo?

—Pamela, no es mi señor Joe —le susurró Luna al oído mientras intentaba dominar los celos que la empezaban a corroer—. Deja de poner mala cara, Pamela, Mariano nos acaba de ver y se dirige hacia aquí.

—Señorita Luna, señorita Pamela —dijo Mariano en cuanto llegó hasta ellas—. Están preciosas, esta noche.

—Gracias, Mariano.

—¿Me permiten que las acompañe?

—¿Quizás Luna me conceda ese placer? —preguntó una voz detrás de Luna, era Germán Platero. El le sonrió cordialmente y ella le devolvió la sonrisa. No le guardaba rencor y si el quería que fueran amigos, ella no tenía ningún inconveniente.

Con pocas opciones entre las que elegir, Luna apoyó su mano en el brazo de Germán y permitió a este que la acompañara hasta el salón.

—Estás preciosa esta noche, Luna— le dijo Germán.

—Gracias, Germán. Aunque debo admitir que todo el que me lo dice lo hace con una expresión de asombro en el rostro. Debo estar bastante horrorosa la mayor parte del tiempo.

—En absoluto —le aseguró, volviéndola a repasar con la mirada.

En el otro lado del salón, Joe observaba cómo Germán la devoraba con la mirada. Joe sabía demasiado bien que aquella mirada era la de un hombre que le gustaba lo que veía, que la deseaba.

—¿Le gusta mi casa, señor Joe? —le pregunto Gloria.

—Sí, es preciosa, señora Gloria.

—Mi marido, que en paz descansa, me compró esta casa varios años antes de su muerte.

—Le acompañó en el sentimiento —dijo Joe, con la mirada puesta en la pareja que había en el otro lado del salón.

—Oh, ya hace cuatro años de su muerte. Ya tengo el luto bastante superado.

Joe se forzó a mirarla directamente. Era atractiva. Su cuerpo era exuberante, con unos voluptuosos senos que le sobresalían por encima del escote. Hubo un tiempo no muy lejano en que Joe habría culminado la noche con un encuentro sexual mutuamente satisfactorio, pero las

cosas habían cambiado.

Joe miraba a Gloria de forma desapasionada. Esta aturrido y nada le apetecía más que cruzar el salón y lazar a Germán por la ventana. El muy canalla estaba prácticamente desnudando a Luna con la mirada.

—Hacen buena pareja. ¿No cree?— le dijo Gloria al oído.

—¿Quiénes?

—Germán y Luna, por supuesto, aunque creo que le pega mucho mas Pamela. Es mucho mas adecuada para el que Luna.

—Joe se volvió hacia Gloria.

—¿Eso cree?

—Bueno Luna es poco femenina. Pamela es mucho mas señorita, pero parece que su corazón ya esta ocupado por Mariano. —Miró a Joe a los ojos— ¿Sabe que no hace mucho Luna y Germán tuvieron una relación?

—Sí, pero tenia la impresión de que Germán no estaba dispuesto hacerse cargo de toda la familia de Luna.

—Mariano me ha confiado que, puesto que lo más probable es que Pamela se case pronto, cree que podría convencer a Luna en que delegue el cuidado de sus hermanos en Pamela.

—¿Ah, sí? —estaba barajando la idea de que Luna dejara a su familia, aquel tipo era mas estúpido de lo que creía.

Un impulso arrollador de agarrar a aquel tipo por el cuello y lanzarlo por la ventana se adueñó de Joe, pero se obligó a relajarse, a luchar contra aquellos celos que le corroían ante la idea de que Luna estuviera con otro hombre.

—¿Le importaría traerme otro vaso de vino? —Cruzó el salón y se dirigió hacia la mesa de las bebidas, contento de poder alejar puntualmente la atención de sus mortificantes pensamientos.

Luna estuvo sonriendo, aunque solo por fuera, durante toda la cena, Luna observaba sumida en la desesperación como Gloria coqueteaba con Joe, sonriéndole y apretando sus senos contra su brazo. Intentaba negárselo a sí misma, pero estaba celosa. Nunca se había sentido tan mal y tan fuera de sitio en toda su vida.

Germán estuvo divertido y muy pendiente de ella durante toda la noche.

Luna se esforzó por conversar con Germán, pero su corazón estaba en otra parte.

Germán tendió la mano a Luna.

—¿Me concedes el honor de este baile?

A Luna no le apetecía bailar. Quería irse a casa despejarse del vestido y lanzárselo a la cara al sinvergüenza que se lo había regalado.

—Por su puesto —tomo su mano y bailaron una cuadrilla. Al acabar de bailar;

Germán se apartó de ella para ir a buscar una copa.

Una sonrisa se iluminó en sus labios cuando divisó a Pamela y a Mariano acariciándose.

Luna vio a Joe saliendo sigilosamente por la puerta que conducía al jardín. Tras unos segundos, Gloria se coló por la misma puerta. Luna se acercó donde estaban Pamela y

Mariano. Me siento indispuesta y preferiría retirarme.

—Te acompaño hasta la puerta —dijo Pamela tomando a Luna del brazo—. Sé lo que te molesta tanto. He visto como Gloria coquetea descaradamente con el señor Joe, pero eso no significa que él...

Pamela le dio un fuerte abrazo.

—Disfruta de la compañía de Mariano —dijo Luna, separándose de Pamela—.

Quiero que mañana me lo cuentes todo.

—¿Dónde esta Luna? —pregunto Joe a Pamela casi una hora más tarde.

Había salido a fumar un puro y casi inmediatamente se encontró en compañía de Gloria. Había tolerado su compañía durante la mayor parte de la velada, pero ya había tenido suficiente, siguió fumando y se deshizo de ella con brusquedad.

—Me sorprende que se atreva a preguntar por el paradero de Luna, señor Joe.

—¿Y por qué le extraña tanto?

—Porque lleva toda la noche ignorándola.

—Estaba bien acompañada.

—La ha humillado delante de esa odiosa mujer. Luna solo le ha dado bondad. ¿Cómo ha podido ser tan cruel con ella?

A Joe le invadió un sentimiento de culpa. «No había sido su intención hacerla sufrir.

Solo había intentado hacer lo que creía sería mejor para ella. Mantenerme alejado y dejar que otro hombre que no la abandonara, se fijara en ella».

—Le aseguro que no era mi intención hacerla sufrir.

—Pero lo ha hecho. Le ha hecho mucho daño.

—Dígame donde esta. Quiero pedirle disculpas.

—Se ha ido.

—Le aseguro que tengo a su hermana en la más alta estima y que jamás le haría daño a propósito.

Joe observó cómo Pamela se reunía con Mariano.

Joe salió del edificio a toda prisa.

La caminata hasta la casa de Luna se le hizo interminable. Estaba tan hermosa con el vestido. Había deseado tanto tocarla, besarla.... Pero ¿cómo iba hacerlo yéndose a la mañana siguiente?

Era un canalla, pero no tanto como para hacer eso.

Entró en la casa de los Albaniz. Buscó a Luna en la biblioteca y en el despacho, pero los dos estaban vacíos, de modo que supuso que se habría acostado. Decidió esperar. Ya hablaría con ella a la mañana siguiente antes de partir.

Cuando entró en su alcoba vio que el vestido que le había regalado estaba encima de la cama.

Sin saber lo que iba a decirle, Joe cogió el vestido y salió de la alcoba, para acercarse a la de Luna.

—Luna.

Luna estaba junto a la ventana con los ojos llenos de lágrimas. Se secó las lagrimas.

—¿Qué estas haciendo aquí?

—He venido a devolverte tu regalo...

— No puedo aceptarlo— dijo—. Ahora, por favor, vete.

—Ya lo habías aceptado.

—Sí, pero eso era antes.

—Eso era antes de que yo me comportara como un imbécil. —Le puso las manos sobre los hombros y la instó a girarse—. Me he comportado mal esta noche. Te prometo que no quería hacerte daño.

—No lo entiendo. ¿Por qué le has tenido que seguir el juego? Me he puesto un vestido adecuado. Me he arreglado, pero seguía sin ser suficiente buena para ti. ¿Qué tengo de malo?

—Eres la mujer más extraordinaria que he conocido.

—¿Entonces por qué?

—Estaba pensando en ti, en tu felicidad. No quería echar a perder tu oportunidad de rehacer tu vida con Germán. En serio. Los dos sabemos que tendré que irme. Pronto.

—Lo sé— susurró ella.

—No quería echar a perder tu oportunidad de rehacer tu vida con otro hombre.

Créeme, quería estar contigo. Te lo prometo. Gloria no te llega a la suela del zapato. La primera vez en mi vida que actúo con nobleza y lo echo todo a perder.

—Querías estar conmigo, pero has hecho un esfuerzo alejándote de mí y dejando el camino libre a Germán porque vas a irte pronto de Los Trigales y no querías interferir en mi oportunidad de ser feliz con otro hombre.

—Correcto.

—Si eso realmente es lo que sientes, entonces no te vayas de Los Trigales. Yo quiero que te quedes.

—Luna, yo....

—Yo me he enamorado de ti. Te quiero.

—Luna, no tengo nada que ofrecerte. No puedo darte todo lo que te mereces.

Aquellas palabras apagaron las esperanzas de Luna, que se acercó a la ventana y miro fijamente la noche.

El se quedó mirándole fijamente la espalda y tuvo que esforzarse para no lanzarse sobre ella y hacerla suya.

Cuando Luna se dio la vuelta, se encaró a Joe.

—Es obvio que no me deseas.

—¿Que no te deseo? Te deseo tanto que no puedo dormir por las noches. —Le cogió la mano y se la restregó por la entepierna, presionando la mano de Luna contra la dura prominencia—. Así es como te deseo.

Luna se quedó helada. La deseaba. No del mismo modo en que ella lo deseaba a él.

La cabeza de Luna se rebeló contra el deseo de su cuerpo, que tenía demasiado que perder. Su reputación, el respeto de su familia. ¿Y si se quedaba embarazada? Pero no podía acallar a su corazón.

No podía seguir esquivándolo, huyendo de aquella ardiente promesa sexual que manaba de todos sus poros. Quería experimentar la pasión y no quería hacerlo en las manos de ningún otro hombre más que de él.

Un impulso irrefrenable se apoderó de él y entregó su conciencia al mismo diablo. La atrajo fuertemente hacia sí y tomó su boca. Ella le devolvió el beso con la misma pasión.

Los labios de Joe dejaron un ardiente rastro en el fino cuello de Luna, mientras él se dejaba embargar por su perfume a pétalos de rosas y sus gemidos

Mirándola a los ojos, Joe le desabrochó los botones del camisón hasta la cintura.

Cuando hubo acabado, separó el tejido hacia ambos lados. Soltó el camisón y este cayó sobre los tobillos de Luna.

Bajó la mirada. Ella era increíblemente perfecta.

—Eres hermosa, Luna.

Bajó la cabeza y la besó muy lentamente, siguió el contorno de los labios con la lengua, saboreándola, hasta que ella fundió su boca con la de él y le rodeó el cuello con ambos brazos.

Joe se colocó detrás de ella y le deslizó ambas manos por la espalda hacia arriba y hacia abajo, desde los hombros hasta las nalgas. Ella se retorció de placer, restregándose contra él.

Cuando le acarició los senos, deslizando los dedos suavemente sobre los pezones de Luna, ella le recompensó con un gemido de placer.

El se dejó guiar por Luna, se colocó delante de ella y le lamió el pezón, acariciárselo suavemente con la lengua. Los labios de Joe se movían, alternando entre ambos senos, hasta que los quejidos de Luna se fusionaron en un largo gemido de placer.

—Separa las piernas para mi, Luna.

Ella obedeció y él acarició sus pliegues de carne femenina. Una carne que solo él había tocado, una carne que ya estaba caliente y húmeda para él. Deslizó suavemente un dedo dentro de ella, gimiendo de placer cuando sus paredes se contrajeron en torno a él.

Joe perdió el control por completo. Necesitaba sentir las manos de Luna por todo su cuerpo. Se despojó rápidamente de sus ropas y se quedó de pie inmóvil delante de ella, dejando que los ojos de Luna captaran su virilidad.

Luna lo miró de arriba abajo con pasión.

—Tócame, Luna.

Ella deslizó las manos por el torso de Joe, acariciándole el cuerpo de Joe una y otra vez. Besó el tórax de Joe lentamente, encendiéndole la piel hasta el punto de que parecía que un infierno ardiera en su interior.

Cogiéndola en brazos, la llevó hasta el lecho y la tumbó sobre la colcha.

Excitado, Joe le cogió la mano y la guio hacia su prominente miembro.

—Tócame, Luna. —Le tocó suavemente el miembro con la mano—. Tócame otra vez—. No

pares, por favor.

Ella deslizó los dedos a lo argo de la tensa virilidad varias veces más hasta que Joe le cogió la muñeca. Si ella no paraba, Joe corría el riesgo de derramar su semen sobre la cama.

Y no era lo que ninguno de los dos deseaban. Joe no podía ya aguantar mucho más.

Empujándola suavemente hacia atrás se tendió sobre ella. Abriéndose paso entre sus muslos, la penetró suavemente. Empujó hacia arriba en el mismo momento que él se hundía profundamente entre sus piernas y juntos rasgaron la fina barrera que separaba a la niña de la mujer.

Joe apoyó la frente en la de Luna y se quedó completamente inmóvil, se esforzaba para dejar que ella se fuera acostumbrando a la sensación de tenerlo dentro.

—¿Estás bien, Luna?

—Nunca he estado mejor. ¿Hay más o esto ha sido todo?

Ella le rodeó con los brazos y se retorció bajo su cuerpo.

El empezó a moverse lentamente dentro de ella. La mirada de Joe estaba clavada en la de ella, hipnotizado por el juego de emociones que reflejaba su rostro. Aceleró el ritmo, decidido a darle placer a ella antes de encontrar el suyo.

Joe observó cómo la tensión iba creciendo dentro de ella hasta alcanzar el orgasmo, tiró la cabeza hacia atrás e hincó las uñas en la piel de Joe.

Las contracciones de Luna estrujaron el miembro de Joe derramando su semilla dentro de ella, entregando un trozo de sí mismo, un trozo de su alma.

Joe la rodeó con sus brazos y los dos se tumbaron sobre el costado. El hundió la cabeza en los senos de Luna y respiró profundamente el olor a pétalos de rosa. Ella le dio un tierno beso en la cara.

Al notar el beso, Joe miró a Luna. Tenía el aspecto de una mujer a la que acaban de hacer bien el amor.

—No es que pretenda meterme donde no me llaman, pero supongo que no es la primera vez que haces esto.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Me estaba preguntando si siempre es tan maravilloso.

Joe pensó brevemente en sus experiencias pasadas, la larga lista de mujeres hermosas con quienes había compartido lecho.

Todas eran como él, aristócratas egoístas en busca de placer cuya única meta es la gratificación sexual.

—No, Luna. No siempre es tan maravilloso. Hasta hoy nunca lo había sido para mí.

—Entonces ya habías hecho antes el amor. —Sabía que debía de haberlo hecho—.

Se te ha notado una gran experiencia.

—No, Luna. Sí, me he acostado con otras mujeres, pero nunca he hecho el amor con ninguna de ellas. Amor es lo que siento por ti.

—Hazme otra vez el amor.

—¿Otra vez? ¿Ahora? —Pero aunque lo creía imposible, su virilidad volvía a estar a tono.

El la cogió, la empujó para estirarla boca arriba y la penetró. Empezó a succionar primero con delicadeza. Luna se agitaba violentamente bajo el cuerpo de Joe.

—Rodéame la cintura con las piernas —ella le obedeció sin dudarle, abriéndose todavía más para él. Él se balanceó sobre ella, aumentando la profundidad hasta que empezó a gritar su nombre sofocadamente.

Embistió una y otra vez, cegado por la pasión, dominado por un torrente de sensaciones. Cuando alcanzó el orgasmo por última vez, con ímpetu salvaje.

Cuando por fin cesaron los espasmos. Joe se desplomó sobre ella, incapaz de moverse.

Luna lo rodeó con los brazos.

—Quiero hacer otra vez el amor.

«¡Por Dios! ¡Esta mujer me va a matar!».

## Capítulo XVII

Varias horas después, Joe se sentía mas vivo de lo que sea había sentido en toda su vida, pero su estado de euforia en seguida pasó a un profundo sentimiento de aborrecimiento.

Las emociones que Luna era capaz de despertar en él le aturdíán sobremanera. Nunca había sentido nada más que deseo carnal por cualquiera de las mujeres.

Pero Luna no sabía quién era él y le había hecho sentir cosas que el habría jurado que era incapaz de sentir.

Como los celos. Joe había experimentado el primer ataque de celos la primera vez que Luna mencionó el nombre de Germán. La mera idea de que otro hombre pudiera tocarla le ponía furioso

Cuando Luna se despertó. Le inundaron los recuerdos de la noche anterior. Volvió la cabeza esperando encontrar a Joe pero la cama estaba vacía. Se levantó de un salto y corrió hasta el tocador. Se miró fijamente en el espejo en busca de signos visibles de su recién estrenada condición de mujer. Extrañamente tenía el mismo aspecto de siempre.

Se vistió deprisa. No estaba segura de lo que iba a decirle a Joe, pero se moría de ganas de verlo. Seguro que después de la maravillosa noche que habían pasado, podría convencerle para que se quedara en Los Trigales. Era imposible que siguiera pensando en marcharse.

Acababa de ponerse los zapatos cuando oyó que alguien llamaba a la puerta.

—Adelante.

—¡Pamela! —Luna corrió hacia ella y le dio un abrazo—. ¿Qué tal fue el resto de la fiesta con Mariano?

—Fue maravilloso, Luna. Tengo algo que contarte. —Luna se percató de su expresión preocupada.

Pamela entrego a Luna un sobre cerrado.

—Se ha ido.

—¿Quién?

—Joe.

Luna se quedó de piedra.

—Su caballo ya no está en el establo. Yo fui a la alcoba la puerta estaba abierta y se había llevado toda su ropa. Esta carta dirigida a ti, estaba encima de la cama.

—¿Me disculpas un momento, por favor, Pamela?

Pamela salio de la habitación, Luna rompió inmediatamente el sobre.

*Mi querida Luna:*

*Cuando leas estas líneas, yo estaré lejos de Los Trigales. Una decisión que se que no entenderás, pero que ruego a Dios llegues a perdonarme algún día.*

*Si las circunstancias fueran diferentes —si mi vida no fuera tan complicada—, tal vez las cosas podrían haber sido distintas, pero hay cosas sobre mí, que no conoces; cosas que hacen imposible mi permanencia en Los Trigales.*

*Te agradezco a ti y también a tu familia el cariño que me habéis dado.*

*Con todo mi afecto.*

*Joe.*

Luna sintió un dolor desgarrador.

«Si, Joe. Me ha hecho mucho daño».

De todos modos, solo podía culparse a sí misma. Él nunca le había prometido nada.

## Capítulo XVIII

Joe en su despacho leonés revisaba las cuentas de sus propiedades con su secretario Piter. Joe llevaba en su casa de León casi dos semanas, pero todavía no se había puesto al día de las finanzas.

Las dos últimas semanas habían sido la peor época de su vida. En su casa de León todo funcionaba a la perfección.

Tenía un servicio impecable. Sin niños, sin perros y sin ruidos.

—No tengo ni idea de qué estás pensando —la voz de Agustín venía de la puerta—, pero debe de ser fascinante. Llevo un buen rato intentando captar tu atención. ¿Quieres compartir conmigo tus pensamientos?

—No —espetó Joe arrugando la cara, y luego ignoró completamente a su amigo y cuñado.

—Creía que estarías poniéndote al día con las finanzas —comentó Agustín.

—He despachado a Piter por el resto del día.

—¿Ah sí? ¿Por qué?

—Porque no podía concentrarme y estaba gastando tanto su tiempo como el mío.

¿Has invadido mi intimidad por alguna razón?

—Ya que lo preguntas, hay dos razones. La primera es que tenemos que hablar sobre el último atentado contra tu vida.

—¿Y qué sentido tiene que hablemos sobre ello?

—Alguien intentó atropellarte ayer por la noche. ¿No te parece un suceso digno de comentar? Es evidente tenemos que vigilar a Julio de cerca.

—Julio estaba dentro del club cuando ocurrió el incidente.

—Es fácil contratar a alguien —señalo Agustín—. Debemos de averiguar quien esta detrás de todo esto, antes que te vuelvan atacar.

—Entonces ya es hora de que le tendamos una trampa.

—Me he tomado la libertad de organizar una fiesta. En la casa que tengo a las afueras de León. Probablemente Julio intentará llevarte a algún lugar apartado de las miradas de la gente para atacarte. Si esto falla —prosiguió Agustín—, te haremos salir a pasear solo por los jardines, lejos de la casa, para que quienquiera acabar contigo tenga la oportunidad de seguirte. Yo y varios policías te estaremos vigilando.

—Parece que lo tienes todo controlado. Dijiste que había dos motivos. ¿Cuál es el otro?

—Mi esposa me ha encargado que te pida que nos acompañes en la cena de esta noche.

—No puedo ir.

—Le darás un disgusto a Victoria. Y a mí también. ¿Te esperamos a las diez?

Joe quería rechazar la invitación. No le apetecía nada conversar con alguien educadamente, pero había pocas cosas que podía negarle a su hermana y como había rechazado sus últimas invitaciones, se sintió obligado a aceptar.

—¿Habrá alguien más?

—De hecho, sí. Hemos invitado también a tus padres, a Julio y a Lorena.

—Quiero observar cómo reacciona Julio en la intimidad.

—De acuerdo. Allí estaré.

## Capítulo XIX

«Tú eres la única cosa que se interpone entre mi y todo lo que siempre he deseado.

No habrá más errores. Ni más estúpidos asesinos a sueldo. Te mataré con mis propias manos».

—Estás bastante pálido —comentó la madre de Joe—. ¿Estás enfermo?

Joe miró fijamente a la mujer que lo había traído al mundo y enseguida se había olvidado de que tenía un hijo. Estaba estupenda, pero también era el egoísmo personificado.

Se percató de que llevaba una nueva gargantilla. Obviamente, un obsequio de su último amante, su marido hacia años que había dejado de hacerle regalos.

—Estoy bien, madre.

—¿Tienes listas las cuentas de las propiedades para que las revise?

Joe se volvió hacia su padre. Con cincuenta años, el Marqués de Grimaldi todavía tenía una figura imponente.

—No, necesito un día más para concluir las. Una cena encantadora, Agustín —comentó Joe varias horas después, cuando él y su amigo se retiraron al salón. El Marqués y

La Marquesa se habían excusado, sin duda por encontrarse con sus respectivos amantes, y

Julio había salido del comedor tambaleándose y echando pestes contra Lorena, quien lo siguió súbitamente. Victoria se había retirado a su alcoba.

Tras varios minutos de silencio, preguntó:

—¿Quieres hablar de lo que te preocupa?

—No.

—Te importa. Ella ¿verdad? Si te importa tanto esa mujer, ¿por qué no vas a verla?

Dile quien eres en realidad. Sé sincero con ella. Le encantará saber que eres un marqués y el heredero de un ducado.

—Me detestaría por haberle mentado. Luna valora la sinceridad y la honestidad por encima de todo. Si yo volviera ahora a Los Trigales, pondría a toda su familia en peligro. Si me siguieran, guiaría a un asesino hasta su puerta.

Agustín lo miró fijamente.

—No solo te importa, estás enamorado.

—No digas ridiculeces. El amor no es más que un conjunto de palabras bien sonantes recitadas por los poetas.

—Tal vez pensaras eso antes, pero últimamente estoy seguro que has cambiado de opinión. Les echas de menos.

Las palabras de Agustín reflejaron con total precisión los pensamientos de Joe.

—Sí. —«Les echo muchísimo de menos».

—Me dijo que se había enamorado de mí. Que me quería. ¿Y sabes que hice yo, cuando me dijo que me quería? ¿Sabes que le di yo a cambio de lo bien que se había portado conmigo? Le robé la inocencia y me marché a la mañana siguiente. Dejándole una carta en la que le decía que se buscara otro hombre a quien amar.

—¿Has considerado la posibilidad de que hayas podido dejarla embarazada?

—No lo había considerado.

—¡Dios mío, Joe! Creí que era una posibilidad que luna perdiera la cabeza por ti, pero nunca pensé que tu pudieras perderla por ella.

## Capítulo XX

Luna había tenido dos largas semanas para recuperar fuerzas, ordenar sus pensamientos y luchar contra el profundo malestar que había sido su compañía desde la marcha de Joe.

Había temido haberse quedado embarazada, pero gracias a Dios había comprobado que no lo estaba.

—¿La señorita Luna? —preguntó un criado bien ataviado que acababa de entrar en el vestíbulo.

—Yo soy Luna.

El criado le alargó un sobre cerrado.

—Tengo un mensaje para usted, de la condesa Victoria Grimaldi. La condesa me ha pedido que espere para recibir su respuesta.

Luna rompió el sobre y leyó rápidamente la nota.

—La condesa Grimaldi me invita mañana a su casa a tomar el té. Dice que aunque no nos conozcamos, ha descubierto que tenemos amigos comunes. —Se dirigió al criado uniformado—.

Así pues, ¿la condesa espera mis respuestas?

—Sí, señorita Luna.

—Ya entiendo. —Luna miró a Pamela—. ¿Qué hago?

—Creo que debes ir —dijo Pamela sin dudarle ni un minuto.

—Muy bien —le dijo al criado—. Puede decirle a la condesa que acepto su invitación.

Al día siguiente, un elegante coche de caballos llegó a recoger a Luna para llevarla a casa de la condesa.

—Buenas tardes, señorita Luna —dijo un mayordomo mientras daba un paso atrás para dejarla entrar en el vestíbulo.

—La condesa esta en su sala de estar privada. Por favor, sígame.

El mayordomo le señaló la puerta y le indicó que podía entrar en la habitación.

—¿Señorita Luna? —preguntó una dulce voz a su espalda—. Muchísimas gracias por aceptar mi invitación.

Luna se volvió para saludarla y le sorprendió gratamente la primera visión que tuvo de la condesa.

La condesa le tendió la mano.

—Encantada de conocerla, señorita Luna.

—Es un placer conocerla, señora Grimaldi.

—Por favor venga conmigo y tome asiento.

—Esta habitación es una preciosidad —comentó Luna, cuando se hubo sentado.

A Luna le desconcertaba bastante la idea de entablar relación de amistad con una dama de tan ilustre cuna.

—Luna, me puedes llamar Victoria. Creo que es hora de que hablemos de nuestros amigos en común.

—Soy toda oídos.

—Creo que usted conoce a mi marido.

—¿Su marido?

—El conde de Grimaldi.

—Estoy segura de no he tenido nunca ese placer.

—Tal vez lo conozca por su nombre de pila —sugirió Victoria—. Se llama: Agustín Méndez.

—Conozco un señor Agustín Méndez, pero debe tratarse de una coincidencia. El señor Agustín que yo conozco no es un miembro de la nobleza.

Victoria se levantó y cruzó la habitación hasta llegar a un escritorio que había en un rincón.

Volvió con un cuadro enmarcado se lo entregó a Luna.

—Este es mi marido Agustín Méndez, conde de Grimaldi.

Luna lo miró y era, sin lugar a dudas, el mismo Agustín que ella conocía.

—No tenía ni idea de que el señor Agustín fuera conde de Grimaldi. Ni obviamente que usted fuera su esposa.

Victoria se sentó al lado de Luna y le dijo:

—Creo que conoce a su mejor amigo Joe. Es el marqués de Grimaldi.

—El hombre que conocí era un tutor.

—No, el hombre que usted conoce es el marqués de Grimaldi. También es mi hermano.

Luna cruzó corriendo la sala, desesperada por salir de allí.

—¡Espere! —Victoria corrió hacia ella y la detuvo por los hombros—. Por favor, no se vaya así. He de hablarle sobre mi hermano.

—No tengo nada que decir sobre su hermano.

—Por la forma en que se fue, lo comprendo. Pero hay tantas cosas que usted no sabe, cosas que necesito contarle.

—¿Sabe él que estoy aquí?

—No, ni tampoco Agustín.

—Está bien. Escucharé lo que tenga que decirme.

—Primero quiero darle las gracias. Le salvo la vida a mi hermano y le estaré eternamente agradecida. Alguien intenta matarle, Luna.

A Luna se le heló la sangre.

—Alguien intentó matarle la noche que usted le encontró. Por lo que entendí, creo que no es la primera vez que atentan contra su vida.

—¿Se lo ha explicado él mismo?

—No, Joe vino a cenar ayer por la noche. Él y Agustín tuvieron una conversación muy reveladora, que yo acerté a escuchar por causalidad. Joe habló bastante sobre sus sentimientos.

—¿Habló sobre un complot para matarlo?

—Sí. Y también habló de usted.

—¿Sobre mí?

—Sí. Así fue como supe quién era usted y dónde vivía. Luna, quiero que sepa que, desde que Joe volvió a León, parece un alma en pena. La echa de menos. La necesita.

Luna, negó con la cabeza.

—No. Está equivocada.

—No lo estoy— dijo Victoria—. Lo he oído de su propia boca. Conozco muy bien a mi hermano. Exceptuando a Agustín, soy la persona que mejor lo conoce. Está bebiendo más de la cuenta. Todo le trae sin cuidado y su mirada es la de un hombre atormentado y desdichado.

—¿Y porque me cuenta a mí todo esto?

—Porque está enamorado de usted, aunque es demasiado estúpido para darse cuenta.

—Desea estar con usted, Luna, pero sabe que no puede hacerlo mientras alguien esta intentando matarlo. No quiere ponerla a usted ni a su familia en peligro.

—¿Por eso no me dijo la verdad sobre quién era en realidad?

Cuando Victoria hubo acabado, Luna se sentía abatida. Estaba enfadada con Joe por sus mentiras, aterrada por su seguridad y con el corazón destrozado por la falta de esperanza sobre su amor por él.

—Joe nunca ha sido feliz, Luna. Mi padre siempre ha sido muy duro con él, exigiéndole siempre la perfección absoluta por ser el heredero. Como consecuencia, es bastante frío y distante con la mayoría de la gente. Pero desde que volvió, está completamente abatido.

—Pero ¿qué puedo yo hacer por él? Le ofrecí todo lo que tenía, pero se marchó.

—Puede hacerle feliz. ¿Le quiere?

—Sí, pero seguro que usted es consciente del poco sentido que tiene ese amor. Joe y yo pertenecemos a mundos completamente diferentes.

—Ahora bien, ¿está segura de que le quiere?

—Absolutamente.

—Entonces ayúdeme a salvarlo.

—¿Cómo?

—Tengo un plan.

## Capítulo XXI

Unos días más tarde se celebraba una gran fiesta en la casa de los Grimaldi.

Luna divisó a Victoria en el lugar acordado.

—Está preciosa. Lleva un bonito vestido.

—Gracias. —Luna se había puesto el vestido azul que le había regalado Joe.

—¿Ha visto a Joe?

—No. ¿Está por aquí?

Victoria asintió.

—Todavía no estoy segura de que esto sea una buena idea.

—Tonterías —interrumpió Victoria—. Basta con que recuerde que él la quiere. Solo necesita darse cuenta de sus sentimientos.

—¿Y si no lo hace?

—Créame, lo hará. Le veo. Está cerca de la puerta que da al jardín. Vaya hablar con él. Y quiero que me cuente hasta el último detalle.

Joe abrió la puerta y salió al jardín.

Para no perderlo de vista, Luna recorrió a toda prisa el salón y salió al jardín para seguirle.

Una sonrisa de satisfacción arqueó unos labios sumamente finos. «Esta noche, canalla. Esta noche morirás».

Joe anduvo por el sendero. Faltaban unos minutos para que Agustín y sus hombres llegaran. Quería acabar con aquello de una vez por todas. Quería desenmascarar a quien quería matarle para poder seguir su vida.

— Joe.

Joe se quedó helado: «¡Maldita sea, si hasta oigo su voz!».

—Hola, Joe.

Era real. No era ninguna imaginación. Se trataba de Luna de pie ante él, con el vestido azul que le había regalado.

Abrió los ojos, la miró recorriendo su figura con la mirada. ¡Qué hermosa es! Y cómo la he echado de menos.

Era posible que alguien le estuviera siguiendo los pasos justo en ese momento. No podía poner la vida de Luna en peligro. Tenía que quitársela de encima.

—Quiero que vuelvas a la fiesta. Ahora.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Cómo me has encontrado?

—A través de tu hermana.

—¿Sabes quién soy?

—Sí. Sé que eres el marqués de Grimaldi.

—¿Por eso has venido? Averiguaste que era rico y de buena familia y te imaginaste que podías sacar tajada. ¿Acaso vienes a reclamar lo que te debo por haberme salvado la vida? ¿O Tal vez por los servicios prestados?

— ¿Cómo puedes decirme esas cosas tan horribles? ¡No te conozco! ¿Quién eres?

—Como tu misma acabas de decir, soy el marques de Grimaldi. Y en calidad de tal, no tengo el deseo ni la intención de proseguir esta discusión.

—¿Cómo diablos he podido equivocarme tanto sobre ti? Eres un hombre frío y horrible.

De repente a Joe le asaltó la duda. Alargó la mano y la sujetó por el brazo.

La palma de la mano de Luna se estrelló sobre la cara de Joe.

—No quiero tener nunca la desgracia de volver a verte. —Se dio la vuelta y se alejó sendero abajo.

A Joe le ardía un dolor en lo mas profundo de su alma.

Lo había mirado como si le odiara. Y no la podía culpar por ello. El también se odiaba a sí mismo. Contempló como Luna salía de su vida, para siempre, Luna avanzó por un sendero del jardín echando pestes contra Joe, sin intención de volver a la fiesta.

Joe sumido en sus martirizantes pensamientos, empezó a descender por un sendero.

Divisó un banco y decidió sentarse un rato.

— Hola, Joe —dijo una voz procedente de la oscuridad. Todo su cuerpo se quedó inmóvil cuando vio una pistola apuntándole al pecho.

—No te recomiendo que intentes desarmarme. Soy una excelente tiradora.

—Ya me has disparado varias veces y has fallado.

—No fui yo estúpido. Esos idiotas que contraté lo hicieron todo mal. Por eso he decidido hacerlo con mis propias manos.

—¿Y dónde está mi querido hermano?

—Tu hermano no es más que un parásito que vive a mi costa.

—Entonces ¿no estás haciendo esto por él?

—¿Por qué iba hacer algo por Julio? Le detesto. Esto lo hago por mí. Cuando hayas muerto, Julio heredará el título y yo me convertiré en marquesa. ¿Quieres decir tus últimas palabras?

—Espero que los títulos te hagan más feliz de lo que me han hecho a mí.

Luna se levantó del banco del que había estado descansado cuando oyó unas palabras a lo lejos, pistola... Matarte. Reconoció de inmediato la voz de Joe. Se acercó.

Escuchó atentamente la conversación.

—¿Quieres decir tus últimas palabras?

Luna se lanzó contra la mujer y la pistola salió despedida cuando aterrizó sobre ella.

—Quíteme las manos de encima.

Su mirada se desplazó hasta el banco, donde estaba sentado Joe.

Joe estaba estirado en el suelo inmóvil.

Se levanta de un salto y corrió junto a Joe. Le puso una mano en el pecho y se alivió al sentir el latido del corazón. La mujer sacó otra pistola e intentó disparar, pero se lo impidió un agente de la ley con un disparo, haciendo caer a la mujer al suelo.

Agustín contemplo la escena que tenía delante. Había una mujer en suelo cubierto de sangre. Otra mujer sentada a pocos metros. También había un hombre en el suelo al lado de un banco.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al agente de la ley que se encontraba al lado de la mujer que estaba en el suelo—. Está muerta.

—Uno de los policías le ha disparado.

El hombre se levantó y se acercó a Luna.

—¿Está muerta? —susurró Luna.

—Lo está— asintió el agente.

—Le ha disparado usted —dijo Luna—. Me ha salvado la vida. Gracias.

—No se merece, ¿señoría?

Luna preguntó a Agustín aterrada por la respuesta.

—¿Está vivo?

—Sí. Parece que todavía le queda un poco de vida.

En aquel momento, llegó el médico, Victoria y Julio, que miró a su esposa muerta y se quedó lívido.

—¿Qué diablos ha pasado aquí?

—Esto es lo que vamos a esclarecer —contestó el agente de la ley.

Luna contó todo el relato a los agentes. Cuando hubo acabado, el agente que había disparado prosiguió contando lo sucedido: oí voces al otro lado del seto. Mire a través del seto y vi a una mujer apuntando a la señorita Luna con una pistola. Apunté y disparé.

Victoria se volvió hacia Luna.

—Le ha salvado la vida otra vez.

El médico había dicho que Joe sobreviviría. Su familia había ido a verlo a su alcoba, pero Luna se había quedado en el salón a pesar de la invitación de Victoria para que la acompañara.

Victoria estrechó las manos de Luna.

—Vaya a verle. La necesita.

«Ojalá fuera cierto».

—Sí que la necesita, Luna. Venga. La acompaño.

De pie junto a la cama, Luna recordó el pasado.  
Tenía el mismo aspecto que el hombre que ella había rescatado y cuidado en su casa.  
Luna se dirigió a la puerta, la cerró con cuidado y se marchó.

## Capítulo XXII

Tuvo que pasar algún tiempo para que Luna no se encontrara tan mal.

Tenía muchas cosas en que ocuparse, la más importante era organizar la fiesta del cumpleaños de Celia.

—Hola, Mariano —gritó Luna saludándole con la mano. Luego se volvió y vio a Pamela y Mariano muy cerca el uno del otro, cogiéndose la mano.

Luna bajo la mirada, sin querer interrumpir un momento tan íntimo.

—Si no le importa —se apresuró a decir Mariano—. Me gustaría hablar un rato con usted.

—Usted dirá.

—Bueno, creo que debe de ser usted la primera en saber que acabo de pedir a Pamela que se case conmigo.

—¿Quieres casarte con Mariano, Pamela? —preguntó Luna.

—Oh, sí.

—¿Por qué quieres casarte con mi hermana, Mariano?

—Porque la quiero.

—Eso es cuanto necesitaba saber. —Se acercó y los abrazó.

Se disculpó y los dejó solos.

Aquel mismo día, Luna se encontraba en el jardín arrancando unas hierbas.

—Hola Luna.

—¡Dios mío, Germán, me has dado un buen susto!

—Lo siento. Tienes un jardín precioso. ¿Te apetece dar un paseo?

Luna dudo un momento y luego se encogió de hombros.

—Está bien.

Pasearon lentamente por el jardín, hablando sobre naderías hasta que Germán se detuvo.

—Desde mi vuelta estado pensando bastante en ti, o mejor dicho en nosotros, en cómo fueron las cosas antes de mi partida. Cuando me fui era bastante más joven y más inexperto.

Lo que quería decirte es que entonces no estaba preparado para asumir la responsabilidad de sacar adelante una familia.

—No te entiendo. ¿Qué pretendes decirme?

—Quiero que te cases conmigo. Ya veo por tu expresión que te ha sorprendido.

—Me has dejado completamente anonada.

—No fue hasta que me marché que me di cuenta de lo maravillosa y especial que eres. —La rodeó con los brazos y la abrazó fuertemente—. Y tan pura e inocente.

A Luna se le encendió la cara. «¿Inocente?». «¿Y pura?».

¡Menuda ironía!

Hace unos años habría dado cualquier cosa por oír estas palabras saliendo de la boca de Germán, pero ahora era demasiado tarde.

Germán quería casarse con una mujer pura e inocente, con una virgen, y tenía todos los motivos para esperar que Luna lo fuera. «Y yo soy cualquier cosa menos eso».

—No quiero que me des la respuesta ahora. Piensa en ello, Luna. Podríamos ser muy felices juntos. Quiero cuidar de ti.

Alguien que quiere cuidar de mí. «¡Qué bien suena eso! ¡Qué maravilloso debe ser que te cuiden!».

—Prométeme que pensarás en ello.

—Te lo prometo. Pensaré en ello.

Germán le besó la mejilla y luego los labios. Luna intentó sentir algo, ante el contacto de los labios de Germán, pero no sintió nada.

—¿Puedo venir a verte mañana?

—Celebramos la fiesta de cumpleaños de Celia, pero sí, por supuesto.

—Hasta mañana entonces, cariño. —Y se fue caminando por el sendero del jardín.

Había intentado sentir algo en el beso de Germán, pero no lo había conseguido.

En comparación con el beso de Joe, este la había dejado sin aliento y anhelando más.  
El de Germán, solo vagamente aburrida.

## Capítulo XXIII

—¿Qué es tan importante para que me hayas llamado? —preguntó Joe mientras entraba en el despacho de Agustín.

—Es sobre Luna Albaniz. —Agustín le alargó un sobre—. Te dejaré un momento de intimidad pero volveré en breve.

Joe abrió el sobre y extrajo una hoja de papel.

*Estimado señor Joe Grimaldi:*

*Espero que se encuentre mejor. Mi cumpleaños es el próximo lunes día cinco y estamos organizando una fiesta. Me encantaría que usted viniera. Si usted viene, tal vez Luna no esté tan triste.*

*Afectuosamente,*

*Celia Albaniz.*

—¿Qué te ha escrito Luna? —La voz de Agustín interrumpió sus pensamientos.

—Me ha escrito la señorita Celia Albaniz

—¿Celia? ¿La niña pequeña?

—Esa misma.

—Estabas equivocado Agustín. Ya te dije que no había ninguna esperanza en que hubiera algo entre Luna y yo. Me detesta, Es normal después de lo mal que me he portado.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez disculparte?

—No tiene ningún sentido. Me dijo que no quería volverme a ver.

— Tu te ibas, ¿Verdad?

—Si parece que tengo que hacer algunas compras.

—¿Compras?

—Sí. Me han invitado a una fiesta de cumpleaños y no puedo ir con las manos vacías.

## Capítulo XXIV

Al día siguiente, Joe se presentó en casa de los Albaniz con un par de paquetes. Le debía a Luna una explicación de todo cuanto le había dicho en el jardín de Agustín. Si ella le seguía odiando, se lo tenía merecido. Pero él en su fuero interior esperaba un desenlace diferente.

—¿Dónde está Luna?

—Todo el mundo está en el lago —contestó Franco—. Estarán de vuelta dentro de media hora.

—Franco lo condujo hasta la biblioteca—. Usted puede esperar aquí. Ya le avisaré cuando lleguen.

—¡Ha venido! ¡Ha venido!

Joe se volvió y vio a Celia cruzar corriendo la habitación. La pequeña se arrojó en sus brazos y el la levantó en alto.

—Les dije que usted vendría, pero nadie me creyó.

Joe se dejó guiar por Celia que lo llevó hasta donde estaba el resto del grupo, donde habían preparado una merienda por todo lo alto. Joe le dio a Celia los regalos que le había traído, una muñeca entre otras cosas, esta fue lo que más ilusión le hizo.

—¡Es preciosa! —Abrazó a la muñeca contra su pecho y dio un beso a Joe.

Saludó a toda la familia y se unió a la conversación e hizo de tripas corazón para no ponerle mala cara a Germán, que parecía no podía quitarle la mano de encima a Luna.

Miró a Luna, que estaba contemplando fijamente su plato, Joe deseaba tanto acercarse a ella y abrazarla que tuvo que hacer un gran esfuerzo para quedarse sentado.

—Luna.

Una voz masculina interrumpió sus pensamientos. Se volvió y la invadió una profunda indignación, cuando vio a Joe entrando en su alcoba.

—He de hablar contigo de ciertas cosas. Te traté terriblemente, Luna, y lo siento más de lo que lo puedo expresar.

—Todas aquellas cosas que me dijiste...

—Fue un error imperdonable. Mi única excusa es que en toda mi vida no he conocido a nadie con una bondad y una generosidad como la tuya. Por un momento pensé que pudieras haber acudido a mí para ver lo que podías sacarme. Por mi título, ese tipo de cosas ocurre con mucha frecuencia. Tengo muy pocos amigos porque hay muy pocas personas que no quieran obtener algo a cambio de mi amistad. Pero tú eres incapaz de haber pensado esto.

—¿Y qué me dices de todas mentiras que me contaste cuando te acogí en mi casa?

—De nuevo, alguien quería verme muerto. Pensé que, si ocultaba mi identidad, sería más difícil que me descubrieran.

—La forma en que me dejaste.

—Lo siento. No te puedes imaginar lo mucho que me he arrepentido. Ahora, Luna, te pido que te cases conmigo.

Luna lo miró fijamente. Segura de que estaba soñando. Aquello no podía ser real.

—Cásate conmigo. Te prometo que me pasaré el resto de mi vida intentando hacerte feliz.

Las lágrimas empezaron a salir de los ojos de Luna.

Él la estrechó entre sus brazos.

—No llores, por favor. —La besó tiernamente—. Luna, mi amor, necesito que me des una respuesta.

—Mi familia —empezó a decir Luna.

—Tu familia será mi familia, y será la primera familia de verdad que he tenido nunca.

—Hay algo que debo decirte, Joe. Quiero seguir escribiendo y vendiendo relatos si no te importa.

—¿Importarme? Que la mujer a quien amo tenga talento para escribir además de ser hermosa, ¿Por qué me iba a importar? Estoy tan pendiente como todo el mundo por saber qué ocurre en la próxima entrega de Las aventuras de un capitán de barco. Ahora, ¿vas a responder de una vez a mi pregunta? ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí.

Joe abrazó a Luna y le dio un beso en los labios lleno de amor y ternura.

Al cabo de unos minutos se apartó de ella.

—Solo hay algo que necesito pedirte.

—¿Qué?

—Quiero que Germán esté fuera de esta casa en menos de dos minutos, si no, lo sacaré yo a patadas.

—Me había olvidado completamente de él, pobre Germán. Sí, debo decirle que no acepto su proposición.

—¿Su qué?

—Germán me pidió que me casara con él.

—¿Y no le diste un no inmediatamente?

—No sería fiel a la verdad, si te dijera que no pensé en ello, pero tenía la firme intención de decirle hoy, después de la fiesta, que no podía aceptar su proposición. Se lo diré en cuanto bajemos.

—¿Por qué no bajamos ya? Daremos a la familia la gran noticia y yo acompañaré a Germán hasta la puerta.

—Una excelente idea —dijo él mientras la apretaba fuertemente contra su cuerpo.

Pasó la mano por el pelo de Luna y la besó, un beso que empezó tiernamente pero que pronto se hizo apasionado.

## Capítulo XXV

*Unos meses más tarde, llegó el día de la boda.*

Joe habría preferido desposarla inmediatamente, pero sería sumamente egoísta por su parte negar a Luna el tipo de boda que se merecía. Además, Luna insistió en que por muchas ganas que tuviera en casarse con él, quería esperar a que se hubiera celebrado la boda de Pamela y Mariano.

Inmediatamente después de la boda de Pamela, Luna y su familia se habían trasladado a León.

Mientras la casa de los Albaniz, Luna se la había regalado a los recién casados.

Desde que Luna llegó a León, siempre parecía estar ocupada con la madre de Joe y

Victoria preparando la boda. Joe se encargó de que toda la familia de Luna se encontrara cómoda en la nueva casa de León, así como también sus criados.

Julio había recapacitado sobre su vida tomándose las cosas más en serio. Había dejado de jugar y de beber. Siguiendo las sugerencias de Luna, Joe había encargado a su hermano la gestión de dos feudos.

De los cuales, Julio estaba haciendo un trabajo admirable.

—Te agradezco mucho la confianza que has depositado en mi, Joe. Soy consciente de que nunca hemos tenido una relación estrecha y que después de lo que paso con Lorena...

—Lo que pasó con Lorena no fue en absoluto culpa tuya, Julio.

—Supongo que no, pero sigo sintiéndome en cierta medida responsable.

—Luna me cae muy bien —dijo Julio al cabo de varios minutos—. Es un soplo de aire fresco.

—Sí, lo es—. «Aire fresco con olor a pétalos de rosas».

—Mamá se ha encariñado mucho con ella, y victoria la quiere mucho. Pero lo más sorprendente es la reacción de papa.

—Desde luego. Trata a Luna con una asombrosa ternura. Pero en cierto modo, no me sorprende. Cuando conocí a Celia, recuerdo que me dijo que yo también iba a querer a Luna, que todo el mundo la quiere.

—Vaya niña mas lista —dijo Julio—. Es una lastima que no tenga mas hermanas —añadió con tristeza—. Pamela ya está casada y Celia es demasiado pequeña.

La boda se celebró en La catedral.